

PETER DEBRY

DAMAS DE LA MAFIA



SS SERVICIO SECRETO



PETER DEBRY

DAMAS DE LA MAFIA

Colección **SERVICIO SECRETO** N.º 1001
Publicación semanal
Aparece los **MIERCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA S.A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES
CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito legal B 32.348-1969

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª *edición: octubre, 1969*

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA. S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera S.A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1969

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
1.127 — Ella y los brutos.

En Colección SERVICIO SECRETO:
990 — Una más una menos.

En Colección BUFALO:
S18 — Un juez expeditivo.

En Colección CALIFORNIA:
623 — Tiros por la culata.

En Colección SALVAJE TEXAS:
614 — Legionarios del «Colt».

En Colección COLORADO:
462 — Telón de plomo.

En Colección PUNTO ROJO:
373 — Los dedos y la víctima.

En Colección ASES DEL OESTE:
374 — «Kentucky Joe».

En Colección BRAVO OESTE:
413 — Mercenarios del plomo.

En Colección KANSAS:
552 — Matón provisional.

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre del traje azul desvió la mirada de la imagen que se reflejaba en la ventanilla del avión. La niebla empezaba a empañar el cristal, difuminando el dibujo caprichoso del paisaje allá abajo.

Había entrevisto en el cristal empañado, las facciones de un hombre que le acechaba con intensa concentración. Un hombre que no conocía; un extraño que fijaba en él una mirada venenosa, penetrante, tras las gafas oscuras.

Un estrecho bigote negro cruzaba su labio superior, y su boca crispada ostentaba una expresión de feroz hostilidad.

El hombre del traje azul conocía aquella mirada. Conocía también aquel leve arqueo de cejas, sardónico. Intentando desesperadamente rehuir aquella imagen, se llevó las manos al rostro, ansiando taparse los ojos.

Sus dedos tocaron las gafas oscuras, rozaron el labio, deteniéndose en el bigote.

Y un creciente horror le invadió, poco a poco, para transformarse en verdadero pánico. Sumergido en la oleada de angustia, sintióse sacudido por un temblor irreprimible.

Acababa de atravesar una nueva crisis.

Al cabo de unos minutos, alzó la cabeza, fijando los ojos en la ventanilla. Esta vez, ya no vio el rostro del desconocido, sino solamente la claridad del día naciente, y el curso del Sena serpenteando por entre recuadros verdes y pardos.

Fatalista en su desesperación, se dijo que todo volvía a normalizarse. No era la primera vez.

No era la primera vez que partía súbitamente y despertaba súbitamente como de un sueño profundo, regresando a él mismo, a su legítima y verdadera personalidad, volviendo a ser Edgar Danvers.

El traje azul, las gafas oscuras, pertenecían al otro. A un intervalo de tiempo olvidado, a lugares tenebrosos, a acciones

siniestras. Pertenecían al hombre en que se convertía Edgar Danvers en el transcurso de sus inmersiones en la nada.

Sabía que existía un medio de disipar una parte del misterio. El avión esbozó un viraje sobre el ala y comenzó a descender. El aeropuerto de París se dibujaba ahora con nitidez.

Hundiendo la mano en el bolsillo de su americana, eliminó Danvers varios papeles y encontró lo que buscaba. El billete de pasaje.

Leyó con avidez el nombre del titular del vuelo: Lionel Moran.

La anotación inferior especificaba que Lionel Moran procedía de Marsella y se dirigía a París.

Era pues Lionel Moran el que había subido al avión. Sería Edgar Danvers el que bajaría.

La transición tuvo lugar en el curso del vuelo. Las dos personalidades se habían enfrentado en el crepúsculo de su conciencia y la realidad que encarnaba Edgar Danvers había aparecido con la luz del día, dejando al otro en las tinieblas.

Se negó a ruminar el fenómeno de desdoblamiento. No quería pensar en lo que pudo ocurrir en Marsella, en los hechos de Lionel Moran durante aquellos días y noches de los que no tenía recuerdo.

Danvers experimentaba hacia Moran un odio feroz.

Se aproximaba la azafata por el pasillo central. Alzó la mano y ella deteniéndose se inclinó.

—Dígame, señor.

—¿Qué día es hoy, por favor?

—Lunes, 25 de enero.

—¿Veinticinco de enero?

—Sí, señor. Tenga la bondad de abrocharse el cinturón de seguridad. Estamos aterrizando, señor.

—Ah, sí. Gracias.

Obedeció con ademanes nerviosos, apretando el broche. Veinticinco de enero. El último recuerdo de Edgar Danvers se remontaba a la víspera de Navidad. Bebía unas copas con varios amigos. En el Chez Fierrot.

Desde la víspera de Navidad hasta el 25 de enero sumaba un intervalo largo. Más largo que la crisis precedente. Recordó lo que le había dicho el especialista al ser dado de alta en el hospital argelino donde estuvo en observación después de la herida en la

cabeza.

—La curación completa será más o menos larga. Estas crisis son benignas. Por poco que sea usted prudente, podrá reanudar sus actividades normales. Pero evite los choques emotivos y los excesos de todo orden. Sobre todo, poco alcohol. Cualquier exceso podría reavivar una lesión ya cicatrizada ahora.

Bajando la cabeza miró la alfombrilla del avión, con desaliento. No quedaba nada de aquellas semanas, ni la sombra de un recuerdo de lo que Lionel Moran pudo haber hecho, de la gente que trató, de los lugares donde fue.

Solamente una sensación de culpabilidad, y una atmósfera de pesadilla que le envolvía como una niebla opresiva. Y entre sus sienes el repique de varias palabras obsesionantes:

—«Ella es también de la Mafia».

Aquella palabra: «también»... Era lo peor de su viviente pesadilla. ¿Ella? ¿Quién era ella?

El avión ya se había posado. Dejó que los demás pasajeros se afanasen en salir. Finalmente se levantó, recogiendo el elegante abrigo negro, plegado en la redecilla.

Cerca de la portilla miró a la azafata. Ella tenía prisa por verles a todos fuera y exhibía una sonrisa artificial.

—Disculpe, señorita ¿podría decirme sí... si tenía yo equipaje?

Ella le estudió perplejo, se humedeció los labios y afirmó:

—No, señor Moran. No trajo nada. Supongo que tuvo que salir inesperadamente. No llevaba equipaje alguno, señor Moran. Celebro que haya tenido un buen viaje.

—Gracias.

Bajó la pasarela, pensando que por lo menos no se vería obligado a esperar en el vestíbulo de equipajes. Fue directamente al andén de salida. Llamó uno de los taxis que esperaban.

—80, calle Baisson, casi esquina Boulevard Montparnasse.

—Vamos allá —asintió el chófer con campechanía.

El sol brillaba con fría palidez. Un nuevo día empezaba. Se esforzó en no pensar en nada. ¿Para qué torturarse. Lo hecho, estaba hecho. Y había acabado. Quedaba atrás. Allá en Marsella.

Al atravesar el Puente de Bercy, el agradable paisaje de las viejas casonas del barrio de La Gare d'Orleans-Austerlitz, le remontaba a sus no lejanos tiempos de estudiante de arquitectura.

Hacía un esfuerzo desesperado para alejar de su mente las semanas que acababan de transcurrir. Esto era precisamente lo difícil, lo imposible. Era injusto que Lionel Moran, el hombre de la Maña, se olvidase totalmente del arquitecto Edgar Danvers, y este fuera totalmente incapaz de olvidarse de Lionel Moran.

Pero el fantasma de una de sus «ausencias» surgía constantemente. Un cuchillo brillaba en su mano mientras su víctima se encogía antes de desplomarse lentamente.

Tenía que librarse de Moran y todo cuanto le concernía, lo antes posible.

Cuando el taxi ya se alejaba, se encaminó hacia la barbería. Al salir, su cabello negro estaba mucho más corto, aligerado de sienes y nuca. Le había parecido mejor no liquidar a Moran de golpe, sino gradualmente, de modo a perderlo en cualquier sitio durante la transformación, sin poder nunca más hallar su rastro.

Al subir los dos pisos que llevaban a su apartamento, exploró a fondo sus bolsillos. No tenía llave. Era de suponer. Lionel Moran debió hacerla desaparecer hacía tiempo, como un objeto inútil.

Por suerte había previsto esta eventualidad. Siempre había una llave de repuesto en la grieta del estucado, en el lugar donde antes había una estatua, al girar la escalera.

La llave estaba en su escondite. Abrió la puerta, entró y cerró con rapidez, adosándose en ella. El recibidor estaba débilmente iluminado, pero sintió de inmediato una impresión de seguridad, de retorno a aguas plácidas tras una prolongada galerna.

Respiró a fondo al avanzar por el pasillo. El apartamento, heredado, se componía de un gran estudio, cocina, dos grandes habitaciones y dos cuartos de baño. Amueblado con gusto, sin ostentación.

Un apartamento transformado para hombre soltero. Atravesó el estudio. El tresillo, la chimenea hogar, la biblioteca, la mesa despacho, todo ofrecía un aspecto acogedor, confortable. Entró en su cuarto.

Quedó un largo instante plantificado ante el reflejo, que le enviaba el gran espejo de la pared izquierda. Se hallaba en presencia de un desconocido que había irrumpido en su habitación.

Examinó rápidamente el negro abrigo, el traje azul, pero el rostro le hizo desviar la mirada.

Lionel Moran, todavía presente bajo los rasgos de Danvers, daba a sus ojos una expresión cruel. Se quitó las gafas oscuras, y tiró el abrigo sobre la cama.

Se abalanzó al cuarto de baño contiguo, se miró en el espejo de encima del lavabo, y con gestos de autómata, fue preparando lo necesario para afeitarse.

Mientras lo hacía pensó en Silvana.

Silvana ya no era su novia. Silvana y sus hermosos ojos negros. Había perdido a Silvana, había perdido el contacto de sus manos, la llama cariñosa de su mirada.

Ahora, casi se alegraba de que Silvana hubiese salido de su vida. Con melancolía se acordó de la noche que puso fin a su noviazgo accidentado. Era en casa de los Brunet, dos días antes de Navidad.

Los invitados iban y venían, copa en mano. Hacía más de una hora que había perdido de vista a Silvana. Cuando volvió a verla, ella se despedía. Se iba con un individuo alto, moreno, atlético, del que emanaba una autoridad orgullosa.

Una vez más, Silvana creía haber encontrado al hombre ideal, y ya estaba para siempre perdida para él. El, Danvers, según constante reproche de Silvana, era un «inestable, voluble, ex comando peligroso, incapaz de querer a una sola mujer».

Se afeitó cuidadosamente. Librarse del bigote le arrancó algunas impresiones. Parecían púas aquellos negros pelos. Se mudó completamente, revistiendo un traje de tergal gris y buscó una prenda de abrigo que no fuera del color de luto del que llevaba Moran.

Encontró un Loden impermeabilizado, gris oscuro, raglán. Se estudió en el espejo y quedó satisfecho de su nuevo aspecto.

Lionel Moran había desaparecido.

CAPÍTULO II

Edgar Danvers atravesó el estudio y se dirigió hacia la puerta del cuarto de amigos. Encontraría probablemente su viejo sombrero impermeable que había dejado en lo alto de un armario.

Al abrir la puerta, se inmovilizó en el umbral.

La cortina estaba bajada, sumiendo la alcoba en una grata penumbra, pero la cama estaba deshecha, con sus alfombras ahuecadas y las mantas y colcha rechazadas a un lado.

Miró fijamente el vestido y otras prendas femeninas esparcidos por la calzadora y la banqueta-sofá.

Estaba todavía paralizado por el estupor, cuando la puerta del cuarto de baño se abrió y salió una mujer revestida de albornoz blanco, corto, frotándose vigorosamente con una toalla los rubios cabellos.

Era muy joven, de piel muy blanca, y largas piernas esbeltas, aunque no era muy alta. Echó la cabeza atrás, vio a Danvers y redondeados los ojos y labios, permaneció inmóvil, en silencio.

Decidiéndose a romper el encanto, inquirió Danvers:

—¿Quién es usted?

El temor se leía en los ojos azules, límpidos, y en la súbita crispación de su boca de labios gordezuelos, golosos.

Y ella tartamudeó casi con algo parecido a indignación:

—Eso pre... pregunto yo. ¿Quién es... usted y qué... que hace en este piso?

—Usted es la que debe decirme quién es y cómo entró.

La joven, rígida como un poste, se esforzaba en mantener una actitud de digna reprobación. Pero su manifiesto terror contradecía la rigidez de su actitud. Repitió con voz insegura:

—¿Quién es usted, caramba?

—Me llamo Edgar Danvers y está usted en mi piso.

La joven perdió su aire aterrorizado y declaró con creciente firmeza:

—Habito aquí hace ya dos días. No había nadie. Vine porque alguien me lo propuso. Me llamo Laura Bodart. Me dijeron que podía instalarme aquí por algún tiempo, que no molestaría a nadie y que nadie me... en fin, que podría quedarme. El señor que me dijo que viniese aquí, me garantizó que podría quedarme sin el menor contratiempo ni peligro. Hasta me dio la llave.

—¿Quién... quién le dio la llave? ¿Quién le dijo que se alojase en mi piso?

Laura Bodart alzó la barbilla y declaró retadora:

—Era un hombre muy amable. Me ayudó... cuando yo estaba en un gran apuro.

—Llevaba lentes de cristal marrón oscuro y bigote negro, ¿no es así?

—Eso es. Sí, señor. Es eso. Y me dijo que se llamaba Lionel Moran.

Por un instante, Danvers desvió la mirada. Y volvió a examinar a la joven rubia. Reinaba una quietud impresionante en la habitación. El tic-tac del despertador femenino, era apenas audible.

Antes que Danvers tuviera tiempo de hablar, un ruido estridente quebrantó el silencio. Era el teléfono que repicaba en el estudio. Retrocedió sobresaltado, cerrando a medias la puerta y se dirigió hacia el aparato que se hallaba en la mesa, cerca del sillón grande de alto respaldo.

—¿Sí? ¿Diga?

Al otro extremo del cable hubo una pausa. Le pareció a Danvers oír un leve jadeo.

—¡Edgar! Por fin has vuelto.

—¡Silvana!

Era todo lo que se le ocurría decir. El sonido de aquella voz bastaba para trastornarle. Era ridículo, pero sentía las aceleradas palpitaciones de su corazón.

Silvana encadenaba palabras sin ilación, frases entrecortadas con las cuales quería manifestar a la vez el alivio, la sorpresa, su impaciencia.

—... Estoy en la esquina. Te he llamado ayer. Te he llamado esta mañana a primera hora. Yo deseaba... Mira, subo al instante. Estaré contigo en dos minutos.

Danvers la oyó colgar. Regresó a la habitación y dijo ceñudo:

—Una amiga mía va a venir. No tendrá usted tiempo de vestirse y marcharse antes que ella llegue.

—¡Me apresuro lo más que pueda!

—Escuche… La han enviado de la oficina de proyectos Brunet, constructora. Constructora Brunet, ¿comprende? Con una notificación de convocatoria para que la firmase. ¿Comprendido?

—Sí, sí, pero yo…

—Eso es todo. Y déjeme llevar la batuta. Es preciso que vuelva a verla.

Llamaban ya a la puerta de entrada. Se precipitó a abrir.

Silvana le miraba con trémula sonrisa. Danvers detallaba sus formas elásticas y esbeltas, admirando su traje chaqueta-ambarino, y al igual que cada vez que volvía a verla, experimentó la especie de mágica fascinación que ella ejercía sobre él.

Ya nada existía ni tenía importancia. Ella era la única mujer a la que amaba plenamente.

—Salve, noble viajero —saludó finalmente Silvana con entonación risueña.

Entraba en el estudio, se aproximaba al gran sillón, cercano a la chimenea y echó en él sus guantes y bolso.

—Hola —silabeó Danvers.

Ella se volvió en giro ágil.

—¿Hola? ¿Eso es todo?

—Pues… ¿y qué quieres que te diga? Después de todo, fuiste tú quien…

—No te enfades, cariño.

La puerta del cuarto de amigos se abrió y apareció Laura Bodart.

El impermeable azul claro ceñía su menudo y bien formado cuerpo. Su semblante ostentaba una expresión absorta, grave y se detuvo a los dos pasos.

—¿No tiene ningún otro recado para la constructora Brunet, señor Danvers? Tengo que llevarles ya la notificación firmada.

Palmoteo el bolso que colgaba de su otra mano. Danvers sonrió aliviado.

—Silvana, te presento a la señorita Bodart. Telefoneé a la constructora y la encargaron que me trajese unos papeles que requerían firma urgente.

Laura saludó con leve inclinación de cabeza a Silvana que

contestó con forzada sonrisa distante. Laura se dirigió hacia la puerta de salida.

—Entendido, señor Danvers. ¿Cuándo les digo que vendrá usted?

Danvers se precipitó hacia la puerta abriéndola.

—Lo que urge es que telefonee al hotel Vavin. Retenga ahí un apartamento. Es preferible que se encargue usted misma. Esta gente de Le Havre son peces gordos. Elija lo mejor. Tome ese dinero.

Sacó su cartera. La cartera de Moran. Extrajo unos billetes que tendió a la joven.

—Hágase hacer la reserva y la nota de paga y señal. Para la oficina. Hotel Vavin.

—Hotel Vavin, sí, señor Danvers. Adiós.

Cerrada la puerta, Danvers permaneció unos instantes adosado a ella. Pensaba que Laura Bodart había salido bastante bien del compromiso, habida cuenta que las consignas habían sido improvisadas rápidamente.

Y necesitaba volverla a ver con toda urgencia, para informarse sobre Lionel Moran.

Acodada a la repisa de la chimenea, Silvana le observó con aquella expresión familiar de ansiosa ternura.

—Edgar... Un mes... ¿Sabes lo que te pasó durante este mes?

—¡No! No sé nada de nada. Me marché. He vuelto. Eso es todo.

—Pero, Edgar, es grave. Cada vez más grave.

—Lo sé.

Se dirigió hacia la ventana y miró, sin verla, la antena de televisión que se erguía en el tejado de enfrente.

—Deberías hacer algo —sugirió ella— con respecto a la herida de tu cabeza.

—¿Por ejemplo?

—Ver a un doctor. Intentar con un siquiatra, con un sicoanalista, algo semejante. No puedes seguir así, es demasiado peligroso. Necesitas ayuda.

Sí. Necesitaba ayuda. Y mucha.

Moran le había enviado aquella agradable rubia. ¿Qué estaría tramando Moran? Rozó maquinalmente con los dedos la cicatriz invisible, encima de su oreja derecha, bajo el pelo de la sien.

Y pensó en Max, Max Pascal y en Denis Casiel.

Max Pascal le habría podido sacar del atolladero. Era comprensivo, lúcido y calmoso. Fue el «instructor» amistoso que tuvieron él y Denis Castel, durante el servicio militar.

Durante la desastrosa campaña argelina. Una camaradería forjada en aquellos largos meses donde afrontaron la muerte a diario los tres juntos, en la misma escuadra de comando.

En aquel período se labró una amistad indestructible entre los tres. Él le había salvado la vida a Max. Nada heroico, ninguno de aquellos salvamentos espectaculares bajo el fuego del enemigo.

Max había tenido un momento de depresión total. Exhausto de fatiga, temblando de fiebre, acurrucado en el hoyo, cercado por el enemigo, Max empezó a manipular en su metralleta. La colocó culata contra el suelo, verticalmente, dirigiendo el cañón hacia su propia garganta.

Danvers había olfateado el doble peligro. El del suicidio de Max y el que se aproximaba reptando, el de las blancas chilabas cubriendo al argelino arrastrándose por la arena.

Empezó a disparar, provocando la alarma, y la reacción instintiva de Max. El enemigo fue aniquilado una vez más. Y Danvers quedó sentado, mareado. Con una esquirla de bomba de mano en la sien derecha.

Angustiado al ver a su amigo herido, Max había olvidado su depresión para concentrarse en la extracción del pedazo de meta! empleando la punta del cuchillo-machete, bañada en coñac de cantimplora.

Y aplicando el esparadrapo con mercromina, razonó Max Pascal:

—Tuve un instante negro, Edgar. Han sido estas tres semanas de emboscadas constantes.

—Falta de vitaminas —sonrió Danvers.

Un sólido afecto se había desarrollado entre ellos. Ahora, Max estaba en África, pero como participante en un safari. Poseía fortuna.

Denis Castel estaba en Suiza Trabajaba para una empresa de productos químicos. Tampoco podía recurrir a Denis. Y aparte ellos dos, no tenía nadie en quien confiar. Sus padres habían muerto. Su hermana vivía en el Canadá. Hacía diez años que no la veía.

Y en cuanto a Silvana... no quería mezclarla en su problema.

—Edgar...

La voz acariciante de Silvana le arrancó de sus pensamientos poco optimistas.

—Tienes que permitirme que te presente a un doctor. Conozco a un especialista que podría curarte. No puedes continuar así.

—Ya me cuidaré yo mismo.

—Pero, Edgar, es preciso hacer algo. Vas de mal en peor. Acuérdate de tu primera crisis. Si no te hubiesen retenido a tiempo cuando subiste en aquel camión, hubieses matado a alguien. No sabías lo que te hacías y estabas decidido a matar. Aquella esquirla de granada hizo quizá más estragos de los que te suponías.

—Es muy posible —rezongó Danvers molesto.

—Y la segunda vez... Desapareciste durante cinco días y cuando regresaste tenías un aspecto horrible. Con un cuchillo en la mano, y querías de nuevo matar a alguien.

—Ya veré. Después de todo, no es tan grave la cosa. Fueron solamente dos breves crisis. Ya veré...

—Tal vez exista una explicación para tu caso. Los hombres que quisiste matar, tenían un gran parecido contigo. Altos, flacos, morenos... Indiscutiblemente eso debe tener algún significado.

Ahora, ella estaba muy cerca. Y susurró:

—Pero no he venido para hablarte de eso, Edgar.

—Entonces, ¿a qué has venido?

—Quisiera que volviéramos a empezar. Olvidando el pasado. Me necesitas, Edgar, y yo te necesito —rogaba Silvana con voz trémula.

Ya no era la mujer de mundo, la mujer activa y decidida, que manejaba toda clase de negocios, con audacia y talento, evolucionando con soltura en el áspero ambiente del mundo comercial.

Sin poder evitar el enronquecimiento de su voz, replicó Danvers:

—Escúchame bien, Silvana... Yo te amé con toda mi alma. Más que a nada en el mundo, yo te necesitaba a ti, porque eras la única mujer a la que he querido de verdad. Pero... eres incapaz de atarte a nada ni a nadie. Eres así. Tal vez no sea tu culpa. Fuimos novios, pero de pronto aparecía un individuo original, y lo olvidabas todo. Decías que aquel, aquel era tu ideal de hombre. Yo era inestable, raro, voluble, peligroso, decías. Escucha, Silvana. Ya no puedo más... Posiblemente te querré mientras vivas, pero lo nuestro ha acabado.

—Nunca hubo nada que puedas reprocharme entre yo y esos que aparecían... Te lo juro. Nunca. Eran simplemente intentos sin importancia.

—¿Sin importancia? Tenemos entonces un concepto distinto de lo que es importante, querida.

—Me refiero a que en el fondo lo que quería era verte celoso.

—¡Lo lograste, hija! No te quepa la menor duda.

—No seas sarcástico conmigo, Edgar. Te juro que he cambiado. Esta vez he cambiado de veras. Ya veo claro. Ahora ya sé. Solamente tú cuentas para mí. Es preciso que volvamos a empezar.

Era irresistible aquella súplica Cogió el rostro de Silvana entre sus manos. Los labios de ella eran frescos, puros, como una noche de primavera tras la tormenta.

Y ella dijo gravemente:

—Hemos vuelto a encontrarnos, amor mío.

Una frase que en otros labios le habría parecido de melodrama rosa. En los de ella, era una maravilla.

Repicó el teléfono. La oficina Brunet. Llevaban días intentando comunicar con él. Una carpeta voluminosa le esperaba. Tenía que pasar a recogerla. Era el proyecto de un bloque en Chatillon, que había presentado. Lo aprobaban.

Al colgar, se sintió alegre, ligero, renovado.

—La constructora Brunet. He regresado a tiempo. Me han aceptado el proyecto que presenté antes de... en fin, antes de irme. Se trata nada menos que de un bloque de cincuenta chalets de campo, ¿te das cuenta?

—Sí, ya me lo explicaste. Lo celebro por ti. Voy a dejarte. El trabajo es sagrado —sonrió ella—. ¿Nos vemos esta noche?

—Sí. Tenemos muchas cosas que decirnos.

Cuando la puerta se hubo cerrado tras ella, permaneció unos instantes sintiéndose casi feliz.

Fuera, el sol matinal relucía y hacía buen tiempo para ser enero. Atravesó la calle en busca de un taxi. No quería un coche, por temor a que en el volante, le acometiera una de sus crisis homicidas.

Caminaba aprisa cuando oyó la llamada:

—¡Señor Danvers!

Era casi un grito angustioso. Se detuvo en seco, la vio. En la otra

acera. Laura Bodart. Indiferente a las miradas de los demás transeúntes, ella agitaba su bolso.

Y atravesó la calle tranquila, de poca circulación, aproximándose jadeante, con expresión de angustia. La cogió del brazo.

—¿Qué sucede? ¿Por qué no fue al hotel tal como le indiqué?

Ella no estaba solamente fuera de aliento. Lucía en sus ojos azules un terror profundo. Y por fin, las palabras brotaron de sus labios en frases convulsivas.

—El hombre... El hombre me siguió cuando salía de su casa de usted. Yo sabía que era a mí a quién seguía. Intenté escapar. Entré en unos almacenes, pero me aguardaba fuera. Lo veía. No sabía qué hacer. Salí por atrás. He regresado para subir a verle. Y usted ha salido.

La cogió por los hombros, intentando calmarla. La obligó a dar media vuelta, conduciéndola enlazada por los hombros hacia la verja que separaba la acera del parque del Val de Grace.

Y súbitamente ella se irguió como fulminada por **una** descarga eléctrica:

—¡Está allí! ¡En la esquina!

Danvers se volvió con rapidez para mirar hacia donde ella señalaba. Al principio solo vio algunas amas de casa regresando del mercado empujando el carrito-bolsa.

Luego un detalle insólito le llamó la atención.

En la esquina del Faubourg Saint-Jacques y Port Royal había un quiosco cerrado. Tras el quiosco había un hombre oculto a medias.

Danvers solamente distinguió una mancha negra, un brillo metálico, el gesto del brazo tendiéndose.

Y casi simultáneamente, percibió la detonación y el impacto del proyectil contra uno de los barrotes de la verja, muy cerca de su cabeza.

Otros dos disparos siguieron al primero.

CAPÍTULO III

La primera sorpresa le clavó en su sitio durante una fracción de segundo. Luego, los reflejos adquiridos en los tiempos en que cotidianamente era un blanco de tiro ambulante, entraron en acción.

A la vez que corría había asido por el talle a Laura, llevándola en vilo, en sacudida brutal. En segundos, franqueó el corto espacio que le separaba del acceso abierto al parque, contorneando la caseta cerrada, del guarda.

Aplastó casi a Laura contra la pared. Ella se mantenía rígida, paralizada de miedo.

Danvers se deslizó hasta la otra esquina, asomando prudentemente la cabeza. No había nadie en la acera del quiosco. Más allá en la misma esquina, dos mujeres permanecían paradas, con caras de asombro.

Se preguntarían seguramente qué habían sido aquellos tres taponazos. No se imaginarían que eran producidos por un silenciador.

Nadie acudía. Nadie con una cazadora marrón oscuro, brillante. La manga era de aquel color. Y la hombrera.

Retrocediendo cogió de la mano a Laura. Habló esforzándose en emplear un tono banal, como si fuese normal ser baleado en pleno día:

—Caminemos sin más. No piense en nada. Camine.

Parecían dos enamorados, cogidos de la mano, paseando por la frondosidad del parque. Hasta que salieron a la acera de Ulm. Un taxi circulaba sin prisas, esperando clientela. Lo llamó Danvers.

Laura entró, apelotonándose en el asiento, como si intentase hacerse aún más pequeña.

—Plaza Alesia, por favor. Hotel Provenzal.

El taxi arrancó. Por la ventanilla posterior comprobó Danvers si había algo anormal. Nada se lo pareció. Pensaba en el modo

instintivo en que actuó. Como un maleante experto.

Huyendo en vez de ir en busca de la policía para decirles que un desconocido había disparado por tres veces contra la muchacha que estaba a su lado.

Sin tener plena conciencia de ello, había dado por hecho que Laura y él debían salir por ellos mismos de aquel asunto, evitando una pesquisa sobre la agresión.

Las cosas seguirían así, por lo menos durante algún tiempo, hasta que supiera a qué atenerse, hasta saber quién era aquella muchacha. Tendría que averiguar quién era Moran, y cuáles habían sido sus pasos en el transcurso de aquellas semanas olvidadas.

Ella empezó a murmurar entrecortadamente:

—Quería matarme... a mí... Quería...

El índice de Danvers se posó en los labios femeninos. Luego señaló al chófer.

—Hablaremos luego, Laura.

La joven volvió a acurrucarse en el asiento, fijos los ojos ante ella, luchando para recobrar la serenidad, ojos ante ella, luchando en su bolsillo, los dedos de Danvers encontraron un carnet, largo y estrecho. Un talonario de cheques. Luego lo miraría.

El taxi penetraba ya por la calle de Alesia. El Provenzal era un hotel confortable, apacible. Pagada la corta carrera, Danvers precedió a Laura en el silencioso vestíbulo. Dijo:

—Voy a pedirle una habitación. Es un sitio serio, tranquilo. Nadie pensará en venir a buscarla aquí. Estará segura aquí. Es un excelente refugio. Luego, ya veremos...

—Gracias. De acuerdo.

Ella ya había recobrado la serenidad, disipándose el terror de sus facciones. Hasta había tratado de sonreírle a Danvers.

El recepcionista era cortés, afable. Sí, se ocuparía inmediatamente de la señorita Bodart. Le daría una preciosa habitación del tercero. Muy confortable. Con baño completo. Pulsó el llamador de mesa.

Acudió un botones. Dijo Danvers:

—La señorita Bodart va a subir a echar una ojeada a la habitación. Su equipaje llegará más tarde.

Ella asintió dirigiéndose al ascensor, mientras Danvers agregaba:

—Deseo pagar una semana adelantada.

—Muy bien, señor. ¿Pensión completa? Muy bien, señor. Serán cuatrocientos veinte francos, más impuestos. Permítame… —tecleó en la calculadora, y tendió un *ticket* marcado ya con la mención «Pagado»—: Cuatrocientos sesenta y dos, señor.

Del billetero extrajo Danvers cinco de cien.

—Devuélvame veinticinco francos.

—Al instante, señor. Muy agradecido, señor.

—Luego le dará la señorita su carnet de identidad.

—No hay prisa, señor. Muchas gracias.

Fue Danvers a sentarse en la mullida banqueta alineada a lo largo de la pared, alejado del mostrador, y casi junto a la puerta de salida.

La joven bajó más pronto de lo que esperaba. Ya estaba totalmente repuesta. Todo rastro de ansiedad había desaparecido de su rostro. Todos sus movimientos poseían una gracia natural. Pudo entonces comprobar plenamente que era bonita, casi deliciosa.

Tenía una actitud valerosa. Esa era la palabra justa. Levantándose, invitó:

—Venga conmigo. Descubriremos algún restaurante tranquilo. Acabo de recordar que no he desayunado y estoy seguro de que le ocurre lo mismo.

Laura sonrió. Una sonrisa encantadora que iluminó su semblante. Encontraron en la misma plaza un restaurante con poca concurrencia dada la hora intermedia y eligió Danvers una mesita al fondo, encargando huevos, jamón, panecillos de Viena, mantequilla, leche y café.

Cuando la camarera se hubo alejado, pidió Danvers:

—Ahora cuénteme su historia.

Dejó ella de manosear el pequeño cuchillo. Avanzando el busto, posó en él una mirada profunda. Se dio cuenta Danvers el hondo azul de aquellos ojos algo enigmáticos.

—Tengo la sensación de que puedo confiar en usted. Además, no tengo donde elegir. Si no se tiene confianza en alguien, se está perdido.

—Exacto —afirmó Danvers mirándola también con fijeza.

—Yo tengo confianza en Lionel Moran. Mejor dicho, tuve plena confianza en él.

—¿Por qué en pasado?

—Porque hace tres días que no le he visto. Era un hombre formidable. Me encontró por una calle de Marsella. Yo había llegado al límite de mis fuerzas. Lloraba vergonzosamente. No sabía lo que iba a ser de mí. Me llevó a un café y me pagó una comida. Cuando terminé de explicarle mi problema, se ocupó de resolverme lo urgente. Me dio dinero para que pudiera irme, y la llave del piso... de su piso de usted. Usted forzosamente ha de conocer bien a Moran. Es más... Me lo recuerda... Se le parece algo.

—En efecto, le conozco.

Le habría gustado preguntarle sobre Moran, saber lo que decía de él mismo, lo que ocultaban las gafas oscuras, el bigote, aquella máscara cruel. No le preguntó nada.

Ella proseguía:

—Le voy a contar todo, puesto que he decidido fiarme de usted, como confié en Moran. Ya le he dicho que me llamo Laura Bodart. Trabajo para una empresa, como delineante libre. Una empresa importante de Marsella. Pero lo único que me gusta, es la pintura.

Se interrumpió como si esperase alguna pregunta. Danvers se limitó a hacer un ademán de aprobación.

—Vivo con mi hermano Alee. Acaba de cumplir los veinte. Me cuido de él desde la muerte de nuestros padres, hace ya siete años. Alee es intratable, rebelde y sin seso. Se relacionó con una pandilla de maleantes, mayores que él. Y lo que debía pasar, pasó.

Suspiró, titubeante, como si le costase hallar las palabras adecuadas. Danvers le tendió un cigarrillo, encendiéndolo. Ella aspiró una amplia bocanada exhalándola con lentitud.

—En la pandilla había un individuo llamado Vulpiano. Un crápula, canallesco y rebosando ruindad. Era un ladrón y convirtió a Alee en otro ladrón. No supe nada hasta la noche en que fui al cine con mi hermano. Vulpiano aguardaba a mí hermano en una callejuela Le dijo que la policía estaba al corriente de no sé qué golpe, y que Alee, él, y algunos otros, sería mejor que huyesen de la ciudad. Yo estaba demasiado aturdida para poder decir ni una palabra. Seguíamos allí parados. Vulpiano y Alee discutían, cuando se aproximó un hombre. Era un policía. Hubo disparos, y el policía cayó al suelo. Muerto.

Laura guardó silencio. Se aproximaba la camarera que fue distribuyendo el contenido de la bandeja.

Danvers empezó a comer. Los huevos con jamón estaban como le gustaban. Con encaje tostado, roja la yema, y el jamón ni crudo ni excesivamente frito. Los panecillos olían divinamente.

Al irse la camarera, prosiguió Laura:

—Vulpiano era el que había disparado contra el policía y quería liquidarme a mí. Eso es. A mí, allí mismo. Decía que yo era el único testigo, y que el único testigo seguro es el que está muerto. Alee se lo impidió. Los dejé forcejeando, y me puse a correr, a correr... Vulpiano me disparó una vez, pero ya estaba yo a salvo... Por el momento.

De nuevo, todo su valor parecía haberla abandonado. Miraba ahora al espejo lateral, con ojos dilatados.

—Me puse como loca. Sabía que Vulpiano y su pandilla me matarían a la primera ocasión que se les presentase. Yo era el único testigo de un asesinato. Con Alee. Y si iba a la comisaría, sería preciso delatar a mí propio hermano. Para mí, Alee sigue siendo un chiquillo, casi un atrasado mental, con demasiada película y televisión en la cabeza. Yo no podía delatarlo. No sabía cómo resolver aquella angustiosa situación. Y entonces encontré a Lionel Moran.

—¿Así, de pronto?

—No, no... Me tropecé con él mientras corría por la callejuela.

Bebió ella afanosamente unos sorbos de café con leche.

Danvers, sin dejar de comer, meditaba en el dilema. Lo sencillo era aconsejarla que fuera a visitar la comisaría más cercana, y pedir la protección policial.

Pero ¿cómo imponer a la muchacha que enviase a su hermano a la guillotina?

Además, Moran estaba comprometido en este asunto. Había ayudado a la testigo de un crimen a huir. Moran se hallaba complicado a fondo. Y por rechace, él, Danvers.

Laura le miraba interrogante. Tenía que decir algo coherente.

—No sé qué decirle, Laura. Supongo que fue Vulpiano o uno de su banda quien disparó. Si ellos dan con su pista, acaban con usted. Y si va a la policía, su hermano está perdido. Mal asunto.

—Así es.

—Explíqueme lo que sabe de Lionel Moran. Todo lo que sepa.

—No sé mucho. Si usted es amigo suyo...

—De acuerdo. Pero ¿qué hacía Moran en Marsella? Explíquemelo.

—Solamente estuve con él durante el tiempo preciso que cené y él fue a comprarme un pasaje en el avión. Me escondí en su piso mientras esperábamos la hora de salida del primer avión.

—¿De qué le habló Moran? —preguntó impaciente, con aspereza.

Laura posó en Danvers una mirada de curiosidad repentina, como si lo viese por vez primera.

—¿Sabe una cosa? Se le parece usted mucho... Hasta la voz...

—Somos parientes lejanos. Explíqueme que le dijo Moran.

—Me dijo que tenía un amigo que estaba más o menos en la misma situación que yo. Aunque al oírle, parecía más bien un hombre al cual odiase. Me dijo que aquel hombre iba a ser asesinado, como yo. Pero que a mí, él me ayudaría a escapar.

—Lógicamente le diría cómo se llamaba el que iba a ser asesinado.

—No. Dijo solamente que alguien había pagado a asesinos profesionales para liquidarles... Liquidar a su supuesto amigo.

Danvers miraba fijamente la mesa, con su mantel de plástico a cuadros blancos y grises.

Ya estaba... Ya se concretaban los perfiles.

Aquella sed homicida que se apoderaba de él en las tinieblas.

Tal vez se vería obligado a regresar a Marsella.

—Escuche, Laura. He de dejarla. Me esperan en la oficina. Ya debería estar allí. Usted se va al hotel. Nadie la irá a buscar allá. Compre Prensa y novelas. No salga para nada. Esta noche vendré a verla. ¿Necesita dinero?

—Ya me dio. ¿No recuerda?

—Ah, sí. Bien, apenas salga yo, váyase directamente al hotel.

—Le agradezco muy de corazón cuanto hace... ¿Por qué me ayuda?

Sonrió Danvers, sin alegría, al ponerse en pie, replicando:

—Tal vez porque soy caprichoso como su otro protector; Moran. O quizá porque si él la envió a mí piso, sus razones tendría. También podría decirle que es usted una muchacha agradable, que no se merece estar aterrorizada. Hasta luego.

Todo a lo largo del trayecto en taxi, permaneció petrificado

como una estatua. Se habían acumulado en su cabeza y en pocas horas, una mezcla de hechos y emociones confusas, de incidentes raros, de oscuras amenazas.

No lograba orientarse en aquel laberinto, donde bajo la rareza aparente de las cosas, subsistía la aprensión, el miedo, y un sentimiento de culpabilidad que dominaba todos sus pensamientos.

Trabajó con ahínco, en los cálculos de horarios, turnos, resistencia de materiales, presupuestos, con frecuentes intervalos de consulta de los técnicos de la constructora Brunet.

Se hizo traer café y bocadillos. Siguió trabajando en el despacho que habían habilitado para su exclusivo uso.

Sin darse cuenta, el tiempo voló. Eran ya las ocho y media cuando abandonó el inmueble de despachos.

En el taxi se reclinó contra el respaldo exhalando un suspiro de alivio. Estaba cansado, pero no descontento. El trabajo le había absorbido. Algo así como un sedante, una droga para olvidar.

Hizo parar el taxi en la confluencia de Saint-Michel y l'Abbé de l'Eppée. Tras pagar, se dirigió hacia el pequeño estanco y la viuda Mireya Lefevre, meridional, no cumplidos aún los treinta, lo acogió con exuberantes muestras de complacencia mientras le entregaba el cartón de cigarrillos.

Atravesó la plaza, penetrando por D'Assas, avanzando rápidamente a lo largo del enrejado que cerraba el parque de Luxemburgo. Estaba impaciente por llegar a su piso.

Un hombre avanzaba hacia él. Primero no le prestó mucha atención. El desconocido llevaba un Loden, gris, y un sombrero marrón, peludo, de alas cortas, inclinada la delantera sobre el rostro.

El hombre echó un vistazo a ambos lados y se detuvo ante Danvers. Había sacado la mano del bolsillo de su Loden gris.

La automática apuntó a Danvers.

Sin alzar la vista, Danvers pareció fascinado por el negra ojo del cañón. Y el cañón se hundió en su estómago.

—Vamos, tú —dijo el desconocido en voz baja, casi amistosa—. Retrocede. Ahí en el rincón.

El rincón era un entrante del muro enrejado en aquel paraje desértico. La hora de la cena.

Muy lentamente, Danvers obedeció. Iban retrocediendo, paso a

paso. El resplandor tenue de una farola, distante unos diez metros, iluminó bajo el ala del sombrero, los pómulos salientes del desconocido.

Las piernas de Edgar Danvers cedieron, una fracción de segundo antes que restallase el seco taponazo de la detonación.

CAPÍTULO IV

Tomando el impulso, se proyectó a un lado, a la vez que sus manos empujaban. Tropezaron sus tacones con un madero saliente a ras de suelo. Había una brecha en el muro. Reparaciones.

Cayó de espaldas y rodó a un lado. Aquello parecía ¡una fosa. No era más que una zanja. Alzó la vista hacia la brecha que se abría en las tinieblas.

Una silueta se erguía, recortándose maciza, amenazadora, destacándose en la negrura. Una negrura iluminándose repentinamente de breves ramalazos rojizos.

De secos taponazos agujereando las tinieblas.

Danvers se había aplastado en una esquina de la zanja.

La silueta se desplazó.

Danvers arqueó la espalda, apoyando ambas manos en el suelo, y en brusca distensión salió fuera de la zanja. En dos saltos prodigiosos, provocados por el instinto de vivir, había alcanzado las más densas tinieblas tras una caseta.

Tenía que huir, correr. No llevaba arma alguna. Ahí le favorecían las sombras de la vegetación. Corría encorvado, esperando que de un instante a otro zumbase sordamente otra detonación tras él.

Corría encorvado, pero con una meta. A aquella hora lo único abierto era el paso para coches dando salida al Boulevard Saint Michel con sus luces, su normal agitación; la vida civilizada.

Desembocó finalmente en la normalidad. Una amplia acera iluminada, y atravesando la plaza, otra acera con terrazas de bares concurridos.

Se había sacudido la ropa, quitándole tierra, polvo y hojarasca. Y mientras bajaba hacia la confluencia con su domicilio, sabía ya lo que había hecho Lionel Moran en Marsella. Todo quedaba explicado. O por lo menos, buena parte del misterio.

No conocía al frustrado agresor, del que solamente había

entrevisto parte del rostro, pero sabía que había venido de Marsella con una tarea concreta, una misión muy precisa, y que nada le impediría realizarla tarde o temprano.

Se inmovilizó en un zaguán para echar un vistazo a la acera, frente a su domicilio. No veía nada anormal. No había rastro del pistolero del Loden gris y el sombrero marrón, peludo.

Una mujer, al otro lado de la calle, aguardaba la luz de paso para peatones. Danvers echó a andar. Al llegar a la otra esquina, vio que la mujer avanzaba en su dirección.

La observó con más detenimiento, entornando los párpados para penetrar la penumbra. Conocía aquel modo de caminar, aquella silueta esbelta y erguida, la caída del suntuoso abrigo de visón.

Silvana. Y recordó de pronto que estaban citados.

Ella iba a su piso. La alcanzó en el momento en que pisaba la acera.

—Hola, Edgar. ¿Me esperabas?

—Sí.

La cogió del brazo. Ella explicaba sonriente que una amiga suya le había pedido prestado el coche y que… Él no la escuchaba. Examinaba los alrededores, escrutando la noche más allá de las fardas.

Al entrar en el zaguán, aceleró Danvers el paso, subiendo apresuradamente la escalera. Rio ella alegremente:

—Vaya prisa que tienes, cariño. ¿O es tu modo de hacer gimnasia?

Ya en el segundo rellano, sintióse seguro, y abriendo la puerta, le cedió el paso a Silvana. Ella fue a dejar su abrigo de visón en el diván, mientras Danvers, sin aparentarlo, comprobaba que ninguna habitación estaba ocupada clandestinamente.

Iba a sentarse junto a Silvana, cuando repicó el timbre de la puerta de entrada. Pulsó el botón que hacía funcionar la apertura automática.

El hombre del Loden gris y el castor, no se arriesgaría a un ataque frontal, meditó.

Fue a abrir la puerta de su apartamento, colocándose de modo a poder divisar el rellano. Un paso aplomado, lento, retumbó por los peldaños de madera, del edificio antiguo.

El visitante apareció. Su figura suscitó en Danvers unas

exclamaciones de alegría:

—¡Denis! ¡Denis Castel! ¡Es estupendo verte de nuevo!

Castel, sonriendo ampliamente, avanzaba tendida la diestra. El apretón de manos se prolongaba, en el emotivo silencio de dos amigos que se aprecian y compartieron malos momentos.

—Es formidable. Apenas has cambiado tú —aseguro Castel.

En el estudio Castel se detuvo un instante detallando la decoración y por fin, miró fijamente, sonriente, a Silvana.

—Es un placer volverla a ver, señorita Fabri.

Meditó Danvers que Dems Castel era uno de los pocos hombres guapos que inspiraba inmediatamente simpatía a la gente, en vez de provocar aversión. Se debía a que era sencillo, sin arrogancias.

Alto, moreno, tenía soltura y una radiante sonrisa cordial. Su voz algo cantante, tenía la clásica entonación meridional, a la vez ruda y pastosa.

Levantándose, acudió Silvana para tender la diestra a Castel.

—Vaya... Ya tenemos al gran conquistador... ¿Cómo está, Denis? Hace ya tiempo que se fue de Francia. Casi más de dos años. ¿No? Realmente me alegra verle.

—Vamos, vamos —apremió Danvers jubiloso —tira tu abrigo en el dormitorio. Creo que tengo champaña en algún rincón. Hay que celebrar tu regreso. ¿Cómo está Max? ¿Cuándo llegaste? ¿Por qué has vuelto?

En el dormitorio al quitarse el abrigo, Castel se escorzaba en ir contestando al chorro de preguntas.

Había vuelto en avión de Suiza. Había llegado hacía tres horas. Max Pascal estaba en África. En una expedición, mitad safari. El, en Suiza, representaba a una empresa de productos químicos, alemana.

Su relato fue acompañado de interrupciones, comentarios, exclamaciones. Silvana, junto a la puerta abierta, escuchaba con una extraña sonrisa lejana.

Danvers evocaba aquella tarde en que los tres, Denis, Max y él, sentados en la ladera de una duna dorada por el sol poniente, habían prometido ayudarse y no perderse de vista, una vez terminase el conflicto argelino y fueran licenciados.

Además de Max, Denis era su único amigo íntimo. Experimentó un inmenso alivio. Por fin, podía exponer sus problemas a alguien. Iba por fin a poder descargar el fardo de las terribles ansiedades que

le dominaban.

Silvana regresó al diván, mientras Edgar y Denis pasaban juntos a la cocina para buscar el frasco de champaña.

—Caes a punto, Denis. No te puedes imaginar lo que me alegra verte. Necesito mucho de tu ayuda.

—¿Problemas monetarios?

—Peor.

—¿Silvana?

—Sí y no, en cierto modo. Estoy metido en un tremendo lío. Luego te contaré.

Volvieron al estudio, y Danvers estaba escanciando en las tres copas, cuando oyó el peculiar ruido de una llave en la cerradura.

Giró sobre los tacones. Ahí estaba Laura Bodart.

Después de haber cerrado la puerta tras ella, se había adosado al batiente, jadeante. Y de pronto corrió hacia un ángulo de la ventana. Alzó una esquina del cortinaje.

—¡Está allí! En la sombra, allí al otro lado de la calle. Me espera. ¡Es el mismo individuo de esta mañana, señor Danvers! Yo venía a buscar algo que me dejé esta mañana. Le vi. Venía directamente hacia mí Subí corriendo.

La joven hundió el rostro entre sus manos y sollozó sin ruido. Un terror atroz parecía sacudir su cuerpo menudo. Danvers pidió:

—Llévala al cuarto, Silvana. Trata de calmarla.

Laura se dejó conducir dócilmente por Silvana. Entraron ambas y cerró Silvana la puerta.

Denis Castel miró interrogante a Danvers, que apagando la luz se aproximó a la ventana, apartó la cortina y apoyó la frente centra el cristal.

Con expresión de asombro creciente, Denis vino a su lado.

Les fue preciso unos segundos para acostumbrar sus ojos a la oscuridad. Al otro lado de la calle, en diagonal, en un entrante de la casa de enfrente, la luz de la farola iluminaba la silueta de un individuo inmóvil.

Vestía enteramente de gris oscuro.

Danvers dejó caer la cortina y fue nuevamente a encender. Preguntaba Castel:

—¿Qué pasa, viejo? ¿Es este el tremendo lío de que me hablaste? Vamos, explícate, hombre.

Danvers señaló la puerta del cuarto. Habló en voz baja:

—No quiero que ellas se enteren. He sufrido algunas crisis en estos dos últimos años. Tal vez mis rupturas con Silvana influyeron. No lo sé… Lo cierto es que sea esta maldita cicatriz que me dejó la esquirla metálica.

—Sí, ya recuerdo, viejo. Hace unos dos años, cuando esgrimiste un cuchillo y estabas como alucinado…

—Eso es. Ahí está el problema. Cuando me coge este arrebato, ya no soy yo mismo… Literalmente ya no soy yo. Y siento deseos de matar. Tal vez, de matar al que me aparece como mi verdadera personalidad. El verdadero Edgar Danvers. El hombre, sentimentalmente fracasado, el inconforme rebelde que hay en mí.

—Pero, hombre, no exageres eso de los complejos. Se abusa demasiado del término.

—Mi caso es distinto, Denis. Tengo una antigua herida cerebral.

—¿Y crees que tus querellas amorosas con Silvana explican todo esto?

—Eso creo. No puede ser una coincidencia. A raíz de mis rupturas con Silvana, me desdoblo, adquiero otra personalidad. Esta vez fui un tal Lionel Moran. Muy distinto facialmente. Laura Bodart me conoció bajo las facciones de Moran, y cuando me conoció bajo mi normal aspecto de Danvers, no vio entre nosotros, sino un lejano parecido. Moran llevaba gafas oscuras y bigote, pero creo sobre todo que era su comportamiento, su actitud, lo que era completamente distinto a mí. Y bajo esa identidad fui a Marsella. No recuerdo lo que hice allá. Es el vacío completo, un hueco negro.

Titubeaba. Pero la mirada compasiva, llena de deseos de ayudarle, de su amigo, le confortó. Señalando la ventana, agregó:

—Escucha, Denis… Aquel tipo en las sombras, allá, enfrente, no persigue a Laura, sino a mí.

—¿A ti? Pero ¿por qué?

—Ha sido pagado para matar a un tal Edgar Danvers, el hombre que Lionel Moran odia.

Asombrado, se rascó Castel la mandíbula. Grave la expresión.

Con mueca de Inquietud y fastidio remachó Danvers:

—Sólo a ti puedo contarte algo tan increíble, Denis. Y te juro que es la pura verdad. Yo, como Moran, he pagado a un asesino profesional para que mate a Edgar Danvers.

CAPÍTULO V

Una nevisca oblicua moteaba los cristales cubriéndolos lentamente de un delgado velo opaco que aislaba el estudio.

Denis Castel sentado en el sillón, extendía las largas piernas. Su enérgico perfil se recortaba al vacilante resplandor de las llamas.

Echó Danvers varios leños al fuego del hogar. La calefacción central era insuficiente. En pie junto a la repisa comentó:

—No puedo acudir a la policía. Tampoco puedo contratar a ningún detective privado. ¡No puedo hacer nada! Nada... Excepto esperar.

—Tratemos primero de aclarar algunos puntos, viejo. Ya encontraremos alguna solución. Es preciso.

El reloj de pared marcaba cerca de la una de la madrugada. Las dos mujeres hacía tiempo que se habían ido.

Silvana antes de irse había murmurado:

—Es demasiado tarde para que discutamos ciertas cosas esta noche ¿no es así, Edgar? Esta chica se hallaba aquí esta mañana. Ya me lo explicarás... No es que me inquiete por lo que pueda pasarle a ella sino a ti. Quiero saber lo que te sucede. Mañana mismo. Es preciso que me lo expliques, Edgar.

Él y Castel tuvieron que emplear toda la persuasión posible para convencer a Laura de que el desconocido perseguidor no estaba al acecho. Las dejaron en un taxi.

Y ahora, tras unos instantes de concentración, decía Castel:

—¿Es qué no puedes regresar a Marsella bajo la apariencia de Lionel Moran y anular el contrato?

—No. Recuerda que lo que allá pasó es para mí algo totalmente ignorado. No sé a quién contraté... a quién contrató Moran. Si sé que estaba en Marsella es únicamente por mí pasaje de avión. Y sé que yo era Lionel Moran porque era esta identidad la que figuraba en mi pasaje.

Denis Castel volvió a rascarse la unión de maxilar y cuello.

—Oye, eso parece una historia de locos, viejo, y no lo tomes a mal.

—No, no... Yo también lo hubiese considerado algo demencial, a no ser por el individuo que me saludó hincándome una pistola en el estómago.

—En fin, a todos pueden sucedemos cosas raras. Y bien mirado, no es tan loco como parece tu asunto, habida cuenta de las circunstancias.

—Vaya, celebro oírte. Sigue, chico.

—Que cualquiera de nosotros pierda el seso de vez en cuando por una mujer, eso es normal. Pero si como en tu caso, algo no pita bien en tu cerebro, entonces las cosas se agravan. Por consiguiente tu historia es muy explicable. El desdoblamiento de personalidad es más corriente de lo que pensamos. O sea que, la mitad de tu personalidad ha pagado a alguien para que liqui de a la otra, a la que odias. Y el retorno al estado normal de tu cerebro, te ha hecho perder la memoria. A propósito, ¿cómo crees que se las compuso Moran para relacionarse con tipos de esa calaña? Me refiero a asesinos profesionales.

—Sospecho... que Lionel Moran sabe dónde ir, sabe dónde encontrar matones de toda clase. Porque sospecho... por unas palabras que me obsesionan... que Moran es de la Mafia.

Denis Castel silbó suavemente, fruncido el ceño. Rezongó:

—Caray... La Mafia ¿eh? Entonces, hijo mío, entonces sí que tienes razón sobrada al afirmar que estás en un lio tremendo.

—De momento, lo muy cierto es que estoy en un tunel oscurísimo. He regresado de la nada después de un mes de ausencia. Hace de eso apenas veinte horas. Y desde que regresé no comprendo nada de lo que me sucede. Está Silvana, ansiosa por hacer las paces conmigo, y esta otra muchacha, Laura, y el individuo que sin más preámbulos me dispara. Por añadidura, descubro que Lionel Moran ha enviado a Laura aquí, para sustraerla a la policía.

Danvers emitió una risa breve, amarga.

—Quisiera saber qué es lo que me propuse al enviar a Laura. ¿Quería yo proporcionarle molestias a mí verdadero yo? ¿O es que deseaba sinceramente ayudar a esta muchacha?

—En mi opinión, y pese a todo, deberías consultar a la policía.

No es preciso explicarles todo detalladamente. Pídeles solamente protección. De aquí a unos días, pueden despejarse tus nieblas y sabrás a qué atenerte. ¿Por qué no te ausentas?

—¿Y mi trabajo? Si llevo a buen fin este proyecto de Chatillon, sería un éxito para mí carrera.

—O te depositarán acribillado en la Morgue.

—Si voy a hablar con la policía, indagarán a fondo ¿y qué descubrirían como mínimo? A un hombre que pagó a alguien para que le matase a él mismo. ¡Es demasiado absurdo! No quiero que Silvana lo sepa. No quiero que nadie se entere, salvo tú. Es preciso que siga siendo un secreto entre nosotros dos, por lo menos durante algún tiempo. Si fuese a hablar con la policía, lo mínimo que me pasaría es que me llevarían directo al manicomio.

—Pero por lo menos, vivirías.

—¡Vaya clase de vida! Escucha... No estoy loco. He perdido solamente la brújula. Me sucede de vez en cuando. Unos vacíos en la memoria... Pero ¡no estoy loco!

—Claro que no. Pero todo ello no impide que un individuo intenta matarte. Para eso le han pagado. Lo has pagado. No lo olvides. Y no sabes quién es. No sabes dónde encontrarle.

—Tal vez en Marsella...

—¿Y qué harías en Marsella? Solamente recuerdas tener un pasaje de avión a nombre de Moran. Ni siquiera te acuerdas de haber tratado allí con Laura Bodart. Nadas por completo en la bruma.

—Y no puedo dirigirme a un detective privado. Me sucedería lo mismo que con la policía. Primero, y que yo sepa, Moran ya violó la ley al darle refugio al testigo de un asesinato... El asesinato de un policía.

—Mira, Edgar, yo no quiero imponerte una solución que luego podrías lamentar toda tu vida. Pero en mi opinión deberías desaparecer de la circulación y alocarte en una clínica siquiátrica. Es preciso cuidarte. Hay que extirpar el mal desde la raíz. Si se trata de Silvana, no vaciles en romper definitivamente con ella. Pero si es otra la causa...

—Déjame reflexionar en ello un día o dos.

—En un día o dos puedes perder la piel.

—No sé qué hacer con esta muchacha. Con Laura. Está en un

apuro. Necesita ayuda.

—Tú eres el que has de ayudarte a ti el primero. Has de tomar una decisión. Inmediatamente. Empaqueta lo más esencial en dos maletas. Voy a ayudarte. Anda, vamos… Es preciso primero que te largues de este piso. Te encontraré un hotel donde por lo menos dormirás más seguro. Nadie sabrá dónde estás, provisionalmente. El que cobró para liquidarte te perderá de vista durante algunos días.

Pensó Danvers que más valía pasar a la acción. Esto le daría por lo menos la ilusión de tener un meta. Valía más que esta atroz impresión de vacío, aquella pasividad impotente. Era preferible cambiar de sitio en vez de quedarse allí, sin hacer nada, esperando… esperando que un pistolero le alojase una bala.

Una vez rellenas las dos maletas, Castel cogió una y Danvers la otra. Mientras cerraba la puerta, Danvers tuvo la sensación de que abandonaba un refugio tibio y familiar, para irse a afrontar un mundo hostil, frío, blanco y silenciosos bajo el velo moviente de la nieve.

En el último tramo de escalera, comentó Castel en voz baja:

—Tiene que haber una salida de servicio en este inmueble.

—La hay.

Danvers le precedió hasta el sótano. Pasaron por una puertecilla, recorrieron un largo pasadizo y salieron al exterior, bajo la nieve que caía en lentos copos.

La callejuela se extendía como un túnel oscuro, hasta desembocar en Raspail, en cuya plazoleta encontraron un taxi merodeando en busca de noctámbulos.

Dentro del coche, Danvers instintivamente echó un vistazo por el cristal posterior. Solamente vio la cortina gris de la nevisca.

El hotel Floris tenía el acomodado aspecto de alojamiento para provincianos adinerados. Al despedirse, puntualizó Castel:

—Yo me hospedo en el Lutetia. Llámame por la mañana. Descansa.

Por vez primera, que recordase desde hacía tiempo, Edgar Danvers durmió profundamente. Se despertó en una niebla que había invadido la habitación y que parecía haberse filtrado hasta dentro de su cerebro. Sentíase como drogado.

Y la memoria le fue volviendo, y con ella, sus angustias y su pánico secreto. Eran las ocho y cuarto. Fue a cerrar la ventana,

acabando con la invasión de la bruma que había sucedido a la nieve de la víspera, una bruma blanca y húmeda que se fundía en llovizna.

En las oficinas de la constructora Brunet, un corredor privado daba acceso a una salita de recepción donde estaba la secretaria especial que habían puesto a su disposición.

La señorita Regina era amable, eficiente y distante. Se le ocurrió a Danvers un extraño pensamiento repentino. Regina era demasiado refinada para un cargo de segundo orden.

Yendo hacia su despacho indicó:

—Cualquier comunicación me la pasa directamente, señorita.

Intentó concentrarse en planos y presupuestos, sin lograrlo plenamente. Alentaba en él la sensación de un inmediato peligro.

A las nueve y media, Regina habló por el intercomunicador:

—¿Desea usted que le comunique con el señor Doria, de la agencia Disanto?

—No sé quién es, pero páselo, y veré qué quiere.

Cualquier novedad le distraería de sus pensamientos.

—¿Señor Danvers?

—Yo mismo.

—Al aparato Mauro Doria, de la agencia Disanto. Le saludo.

—Le escucho.

—Estoy seguro de que usted es la persona que buscamos. Lo he comprobado minuciosamente. Es usted.

—¿De qué se trata?

—Lamento tenerle que anunciar una mala noticia, señor Danvers. Sí, una mala noticia. Pero en contrapartida le aporto una buena noticia, muy inesperada posiblemente.

La voz desconocida repercutía en el auricular pese a la gravedad del tono.

Al prolongarse la pausa, invitó Danvers impaciente:

—Dígame.

—Es a propósito del señor Max Pascal. ¿Lo recuerda?

—¿No lo voy a recordar? Es mi mejor amigo.

—Ha muerto.

Danvers experimentó primero un súbito dolor físico. Luego le invadió una especie de aturdimiento, hasta que tuvo consciencia de la realidad.

Le anunciaban la muerte de Max. Su mejor amigo. Silabeó con lentitud.

—¿Cuándo murió? ¿Y... dónde?

—En África. En algún lugar de África. Ignoramos todavía los detalles. Pero hemos recibido un cable de nuestra agencia en Rabat. Según este cable, el señor Max Pascal le ha designado a usted su heredero. Somos una agencia jurídica y financiera. La herencia que le ha legado asciende a una cantidad importante, señor Danvers, muy importante. Una vez se deduzcan los gastos fiscales y demás... puedo anticiparle que el monto total en efectivo y propiedades libres de todo gravamen, ascenderá a unos dos millones.

CAPÍTULO VI

Después de su conversación con Doria, de la agencia Disanto, permaneció Danvers un largo instante sentado, inmóvil, fijos los ojos en la pared de enfrente, donde un dibujo representando una retícula muy parecida a una tela de araña se destacaba en un papel azul celeste. Era un diseño de viguetas especiales.

—Max... Veintisiete años... Muerto...

Convertido en polvo, por algún lugar de África, en la selva.

Al principio solamente le obsesionaba esta única idea. La muerte en plena juventud de su mejor amigo.

Luego, fue recordando. Sabía que Pascal era rico. Una fortuna procedente de fabricantes. Todos los miembros de su familia habían fallecido. Dos millones...

En aquellos momentos no tenía el menor valor el dinero. Hasta que de pronto, la palabra dinero adquirió un enorme significado. Dos millones era una fortuna. Un arma preciosa.

Un arma que podía darle el medio de vencer a Lionel Moran.

Le ayudaría a descubrir los actos de Moran, le facilitaría las gestiones, le permitiría pagar a su asesino y convencerle de que le interesaba más Danvers vivo que muerto.

Telefoneó al Lutetia. No estaba Denis Castel.

Llamó a Silvana. Pero el timbre repicaba al otro extremo de la línea sin que nadie contestase.

Abandonó su despacho y al pasar ante la secretaria Regina, dijo:

—Estaré ausente una hora máximo. Tome nota, por favor, de cualquier llamada.

Solamente cuando estaba marcando números en una cabina del metro, acudió a su mente que actuaba como un delincuente, o tal vez como un hombre que se sentía espiado.

Obtuvo la comunicación con el cuarto del hotel Provenzal.

—¿Qué tal va este ánimo, Laura?

—¡Muy bien! Gracias por llamarme — y el tono de ella era casi

alegre—. Ya que debo permanecer encerrada, pensé que valía la pena aprovecharlo para pintar. He iniciado un lienzo. Un trozo de cielo gris sobre tejados de pizarra. Para no deprimirme, le añado toques blancos y rosas.

—Bien hecho. Siga en el hotel. No salga para nada. Hágase subir las comidas. Ha ocurrido algo nuevo, inesperado, y es posible que exista una posibilidad para que podamos actuar dentro de las próximas cuarenta y ocho horas, tomando una iniciativa eficaz.

—¡Sería magnífico, Edgar...! Oh, perdone, señor Danvers.

—Dejemos de ceremonias, muchacha. No somos tan mayores de edad como para seguir con trato convencional. Los dos estamos en un apuro, que nos relaciona. ¿Comprendes, Laura?

—Sí y se lo agradezco... Bueno, te lo agradezco. ¿Y qué es lo que ha sucedido?

—Ya te lo explicaré. Todavía no hay nada cierto. No salgas del hotel para nada. Te llamaré a media tarde. Hasta luego.

Había quedado citado a las once en punto con Doria, de la agencia Disanto. Un edificio de despachos lujosos. Una recepcionista de aspecto anticuado y severo, le acompañó hasta una gran sala con estanterías repletas de obras jurídicas y financieras.

Mauro Doria era corpulento, de cabellos cenizosos, rostro enérgico y vestido impecablemente.

Encima de su mesa tenía un expediente abierto, y examinando la primera hoja, Doria habló con acento levemente exótico, italiano, adoptando un aire consternado, de circunstancias:

—Es muy triste, verdaderamente triste, señor Danvers. Era un hombre joven, extremadamente joven. Murió, al parecer, en accidente.

—¿Qué clase de accidente?

—El *jeep* en que viajaba, se despeñó en una zona montañosa. El difunto confió en vida su testamente a nuestra sección notarial. Ha dejado una fortuna, y no tiene parientes. Somos sus representantes en París.

—¿Conoce el motivo de su viaje al África?

—Una expedición, al sur del Sahara, en búsqueda de no sé qué tribus, acompañado de un etnólogo. Hemos obtenido ya la confirmación legal del fallecimiento. Será preciso un cierto tiempo para llevar a cabo los procedimientos, la homologación y demás

trámites, pero por lo que a nosotros respecta, todo está perfectamente en orden.

Mauro Doria hablaba sin mirar a Danvers. Parecía absorto en los documentos del expediente.

—Deducidos todos los gastos y pagos, nuestro departamento contable, evalúa la herencia en una cifra oscilante entre los dos millones cien mil a dos millones trescientos mil. He aquí la especificación.

Tendía un pliego de papel recio. Tres folios con cláusulas, apartados, cantidades en letras, en doble columna de cifras, en rojo y azul.

Danvers echó una ojeada rápida, devolviéndolo a Doria.

—Usted está más calificado para descifrar esta clase de documento, señor Doria. Me basta con su palabra.

Doria recuperó el folleto, sonrió, y reclinándose en el sillón, juntó las yemas de los dedos. Sus ojos eran verdosos, risueños.

—Es en su inicio, que usted no leyó, la fórmula reglamentaria, copiada del original. Yo, el que suscribe, estando en posesión de mis facultades mentales, lego todos mis bienes a Edgar Danvers, domiciliado en… etcétera, etcétera.

Edgar Danvers se ajustó el nudo de la corbata. ¿En posesión de las facultades mentales? ¿También debería él dar pruebas de su salud mental?

No estaba loco, ni mucho menos, pero ¿qué sucedería si se supiese que tenía periódicamente accesos de total ausencia mental…? ¿Le autorizarían a disponer de aquella fortuna?

Procuró hablar en tono banal:

—Parecen muy interesados en la salud mental de la gente en Francia…

Doria hizo un gesto que significaba que era algo sin importancia.

—Es un modo de redactar testamentos, una costumbre antigua.

Le dedicó a Danvers una sonrisa radiante:

—Por otra parte, no se trata de la salud mental del legatario. Y aunque fuera este el caso, no tiene usted el menor motivo de preocupación. Le conocemos, señor Danvers, le conocemos muy bien. Nada tiene que temer por este lado. Nada que temer… Es un joven arquitecto muy apreciado. Plenamente sano, física y mentalmente. Comprenderá que nos hemos informado a fondo.

Hemos podido averiguar que es usted una persona muy honorable.

Los minutos siguientes los dedicó Doria a explicar que las formalidades serían numerosas, y tendría que firmar considerables documentos. No, de momento no podría disponer de ningún efectivo. Sería avisado en el momento adecuado.

Se despidió a Doria. En la calle, seguía sumido en la diversidad de pensamientos suscitados por la reciente entrevista, cuando al volver la esquina, se detuvo.

Era algo instintivo, un reflejo de sus tiempos de comando.

Sabía que era acechado.

Vio al hombre que hasta entonces parecía esperar a alguien. Reclinado en la fachada. Un chaquetón impermeable, canadiense. Una gorra de fieltro marrón.

Edgar Danvers siguió caminando. A los veinte pasos, miró atrás.

Aquel rostro juvenil, pero amenazador, estaba allí. El desconocido estaba siguiéndole, acompasando su zancada a la suya.

En los segundos que transcurrieron, Danvers tuvo la sensación de que miliares de alfileres quemantes se incrustaban en sus sienes, en su nuca.

Le acometió un extraño deseo homicida, una ansiedad irresistible de barrer con todo lo normal, de dar media vuelta, abalanzarse sobre el desconocido y tundirlo, destrozarlo a puñetazos y puntapiés.

Su furor se calmó, fue apaciguándose, y recobró la lucidez.

Dando media vuelta, caminó en sentido inverso. El hombre de la canadiense gris se detuvo y fingió abstraerse en la contemplación de un escaparate. Una zapatería femenina.

Danvers asió por un hombro al desconocido, y le obligó a girarse. Veía un rostro perteneciente a un joven de unos veintitrés años, máximo. A primera vista, un rostro de rasgos delicados, de malsana palidez, rasgos afeminados, ojos sin vida, inexpresivos.

Y era como si aquel rostro envejeciera de pronto, marchitado por todas las perversiones del espíritu y del cuerpo.

No le quedaba la menor duda a Danvers.

Era aquel exactamente el rostro de un ente infrahumano, de un hombre al que se podía pagar para que matase a quién fuese, y para el cual un asesinato era más que un trabajo, un placer.

Edgar Danvers no pudo reprimir un estremecimiento. La mirada

mortecina del desconocido permanecía fija a nivel de la garganta de Danvers. Era como tener delante a un maniquí de cera, a un autómata.

Roncamente silabeo Danvers;

—¿Quién demonios eres tú?

Los labios delgados apenas se movieron al replicar:

—Llámame Legris si te sirve de algo.

—¿Por qué me sigues, Legris?

—¿Quién, yo? Oye, ciudadano, circula y déjate de ver visiones.

Era inútil. Era como hablarle a un muerto.

Por la acera, pasaban transeúntes, gente normal ajena a lo que ocurría, ya que aparentemente se trataba de dos hombres hablando calmosamente.

Edgar Danvers dio media vuelta y se alejó, sin volverse. Sentía la presencia, a poca distancia, del que dijo llamarse Legris.

—Trató de dominarse porque se le ocurrían ideas absurdas, grotescas. Un cadáver ambulante persiguiendo sin apresurarse a un candidato a la muerte inexorable.

Danvers saltó hacia un taxi que pasaba lentamente arrimado a la acera. Lo hizo detenerse ante un inmueble ocupado por oficinas de todas clases.

Al atravesar el concurrido vestíbulo con bar y mostradores, miró atrás.

Legris empuñaba la puerta giratoria de cristales. Su expresión carente de, vida acentuaba lo que tenía de implacable.

Danvers calculó rápidamente sus posibilidades de escapar. Esperó a que uno de los ascensores estuviera lleno y en el último segundo, cuando quedaba escasamente sitio para una persona, entró.

La ascensorista pulsó la manija que cerraba la puerta encristalada.

Y al iniciar la cabina su ascenso, vio Danvers la canadiense gris, la gorra marrón, el rostro inexpresivo, la mirada sin vida.

En el cuarto piso salió para bajar las escaleras hasta el segundo. Había una puerta comunicante con la escalera que bajaba al patio enmarcado por cuatro grandes edificios modernos.

Uno de ellos el que contenía las oficinas de la constructora Brunet.

Al entrar en el corredor apresuró el paso. No quería que Regina pudiera leer en su rostro ninguna alteración. Y al pasar dijo:

—Llame a la señorita Silvana Fabri ¿quiere?

Cerró la puerta y se apoyó en ella, tratando de reaccionar contra el tumulto de las diversas emociones que le sacudían.

Poco después se fue a sentar. Regina le informaba por el intercom:

—Procedo a comunicarle con la señorita Fabri. El señor Castel le llamó. Le ruega que le telefonee lo antes posible. Le conecto con la señorita Fabri.

—¿Silvana?

—¿Qué tal, Edgar? ¿Todo va bien?

—Magnífico. No hay novedad —y le asombró su propio tono jovial.

—Tu amiguita Laura me dio trabajo anoche.

—No es mi amiguita...

—Sea lo que sea, me pareció aterrorizada. Tiene miedo de alguien, pero un miedo que roza el pánico.

—¿Qué sucede, Edgar?

—Nervios. Se imagina que la persiguen. Es una buena muchacha. Pintora a ratos perdidos. Es una hipertensa ¿comprendes?

—Sí así lo dices... Me pareció en efecto una buena muchacha, y si es artista, es posible que sufra de un exceso de imaginación. Pero no fue para hablarte de ella que te he llamado.

—Fui yo quien te llamé hace una hora aproximadamente, y ahora. Pero no tiene importancia. Si no me engaño, deseas que nos veamos.

—Sí. Esta noche. Ven a mí casa. Quisiera que cenases conmigo, pero es imposible. Tengo otra de estas malditas reuniones sociales. Y los negocios me obligan... Regresaré directamente después de la cena. Estaré en mi casa a las diez. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. En tu casa. A las diez.

—Bueno, tengo que irme... Una cita para almorzar. Ya estoy retrasada. ¿Por casualidad no quieres colocar tus ahorros en un nuevo método que permite aplicar el sicoanálisis a los negocios?

—Para sicoanálisis estoy yo...

—Me lo suponía —rio la voz acariciante—. Hasta las diez, esta

noche, cariño.

Colgó con excesiva calma. Estaba temiendo que estallaría de un momento a otro. ¿Y cómo actuaba Lionel Moran? Un tipo al que relacionaban con la Mafia... «Ella también es de la Mafia»

La red de complicaciones en que se hallaba implicado lo exasperaba. Y posiblemente, las complicaciones terminarían con un punto final.

El que pondría el asesino profesional que él mismo había contratado para que le matase.

Alojándole una bala.

Sin preaviso ni amenaza. Simplemente se oiría un grito en las tinieblas. El suyo.

Correspondiendo a un disparo brotado de la nada, de cualquier sitio.

Legris sería joven en años, pero se le notaba la experiencia como profesional del gatillo. No podía hacer nada contra él, ya que surgiría de pronto...

Respingó molesto. Era solamente el zumbido del intercom. Y la voz impersonal de la secretaria Regina:

—Si no manda nada, señor Danvers, iré a almorzar.

—Tenga la bondad de encargar que me suban cualquier cosa. Un par de bocadillos, cerveza y café. Gracias.

Esperó unos minutos. Y al tener la certeza de que Regina se había ido, marcó los números del hotel Lutetia, solicitando le comunicasen con Denis Castel.

—Por fin, Edgar...

—Escucha... Se trata de Max. Sí, Max Pascal. Ha muerto.

Al otro extremo del cable, el silencio se prolongó. Finalmente, Castel exhaló un resoplido. Y su entonación revelaba que no podía acabar de creer en la noticia.

—¿Dices que Max ha muerto?

—Sí.

—¿Dónde, cómo?

—Durante su expedición africana. Un accidente con el *jeep.* Lo supe hace poco. Me deja una fortuna... Es increíble...

—Max fue siempre generoso. Te apreciaba mucho. Le vi precisamente poco antes de partir yo de nuevo a Suiza, hará cosa de unos seis meses. Oye, ¿cuánto tiempo más estarás en el despacho?

—No pienso moverme. Comeré algo aquí mismo.

—Bien. No tardaré en venir. Espérame.

Salió para recorrer el pasillo, la sala de recepción y los aseos. Al regresar al despacho, los planos y carpetas atiborradas de cifras, atrajeron su atención. El trabajo era a veces el mejor antídoto contra las ideas depresivas.

Un camarero le trajo la bandeja con el almuerzo. Y estaba tomando el resto del café del termo cuando oyó los pasos por el corredor. La puerta se abrió.

Denis Castel entrando, sonreía, pero su expresión era grave.

Un desconocido le seguía. Hizo Castel la presentación.

—Edgar, te presento a Guy Montargis.

Señalaba al hombre delgado, vestido con deportiva elegancia, de negros ojos que fijaban en Danvers una mirada penetrante.

—Conocí a Montargis en Suiza. Estaba en Ginebra en calidad de delegado de la Interpol. Es el inspector más joven de la Brigada Criminal del Quai des Orfevres.

CAPÍTULO VII

Manipulando un cigarrillo sin encenderlo, Danvers escuchaba a Castel explicar, a su modo, la situación al inspector Montargis. Cada vez que miraba a Montarais, encontraba su mirada.

Una mirada que le calibraba. Dura, aguda y recelosa.

—... Y en resumen, le resulta a Danvers imposible hacerse una idea concreta del peligro oculto en la sombra. Viene a ser un poco como en los tiempos de comando argelino. Salvo que entonces podía circular con una metralleta, y hoy no. Salvo que entonces podía disparar sobre todo lo que parecía sospechoso y se movía en las sombras. Todo lo que hoy sabe Danvers es que hizo un viaje a Marsella y apenas regresó, un fulano le salió al paso, disparándole.

La mirada del inspector Montargis era ahora interrogante.

—Sí, Así es —asintió Danvers—. Este pistolero sabe también donde trabajo, Lo vi casi enfrente de este edificio.

—¿Puede describirlo?

—Unos veintitrés años, un palmo más bajo que yo, de rostro afeminado, corrompido, ojos de un azul desvaído, sin vida.

Guy Montargis era de la nueva escuela. No tomaba natas. Y hablaba sin énfasis.

—Un asunto muy extraño. Eso es lo menos que podemos decir. ¿Tiene alguna idea sobre las razones que pueda tener este individuo para quererle matar?

—No tengo la menor idea.

—¿Cree que se trata de algún sicópata maníaco?

—No lo sé. Pero no lo creo.

—¿Por qué?

—No veo la razón por la que un maníaco elegiría especialmente a una persona que no le conoce de nada...

Intervino Castel, con soltura. Sin parecerlo, recalcaba la amistad que le unía a Danvers, la confianza que tenía en él.

—Es posible que Danvers haya sido testigo, sin saberlo, de algún

suceso importante ocurrido en Marsella. Lo bastante importante para que este matón y su pandilla le consideren como un testigo peligroso. Quizá se hayan confundido en el personaje… Quizá… En fin, son tantas las teorías posibles, que solamente un técnico como usted, inspector, podrá acertar con la atinada. Todo lo que mi amigo sabe es que un misterioso sujeto intenta suprimirle.

Castel sonreía como para aliviar la tensión. Montargis permanecía impasible. Insistió:

—¿No sabe nada del sujeto que le persigue, absolutamente nada? ¿Quién es? ¿Qué pretende? ¿De dónde viene?

Sacudió Danvers la cabeza en negativa silenciosa.

—En otros términos, es un perfecto desconocido. Usted solamente sabe que es joven, sin duda un drogadicto y que quiere matarle.

—Exacto.

—Tal vez pueda usted recordar algo en su pasado… Problema de orden profesional, personales, o quizá en su vida sentimental… ¿Algún incidente que haya podido crearle un enemigo?

—Nada. En todo caso, nada que yo recuerde.

Guy Montargis se levantó.

—Bien. He admitido la explicación de Castel según la cual creyó usted superfluo molestar a la policía, ya que carecía de datos. Tenga presente que tales casos, Danvers, no son como elaborar un proyecto de edificaciones donde son precisas líneas claras y geométricas. Bien. Haré vigilar su piso, su hotel y este despacho. Le aconsejo no abandonar su hotel durante unas cuarentaiocho horas. Me agradaría colocarle una sombra permanente.

—¿Una sombra?

—En el léxico policial le damos este apodo al policía que protege no separándose ni un instante del amenazado. Pero estamos escasos de personal. Últimamente ha habido muchos casos especiales. Como técnico, ya que así me calificó nuestro buen amigo Castel, puedo indicarle que lo mejor es que transite por lugares muy concurridos, y el misterioso agresor no intentará nada. Supongo. Y procure no ir solo a ningún sitio.

Castel acompañó al inspector hasta la puerta.

—Gracias, Guy.

Guy Montargis en el corredor, contemplaba con agrado a la

bonita Regina. Dio de pronto media vuelta y regresó al despacho.

—Perdone, Danvers. A veces me abstraigo en raras ideas. No se inquiete. Atraparemos a este tipo. Y es posible que logremos hacerle hablar. Sí. Créame. Sabremos la verdad.

El inspector parecía sondear a Danvers, como si pretendiera descifrar sus pensamientos.

—Eso es, Danvers. En contra de la generalizada opinión vulgar, la policía tarde o temprano sabe la verdad.

Se fue acompañado por Castel que regresó a los pocos instantes.

—Oye, Denis, sin reproche... No creo que sea razonable lo que has hecho. Este fulano es tan curioso como desconfiado.

—Era la única solución, Edgar. Conozco bien a Montargis. Estoy seguro que te librará de esta pesadilla del perseguidor asesino. ¿Qué otra cosa cabía hacer?

—Tu amigo Montargis se pondrá a hurgar con entusiasmo de fisgón profesional. Descubrirá todo el asunto.

—¿Y qué obtendrá buscando algo que no existe? Supongamos que le mete mano a tu matarife. ¿Es que crees que el mozo les contará que le pagaron para liquidarte?

—¿Por qué no?

—Primero, no sabe que Edgar Danvers y Lionel Moran son una sola y misma persona. Tu Moran es muy distinto a ti. Lo vio sin duda únicamente el día en que Moran le pagó. Y espera cobrar el resto de la cantidad señalada, cuando acabe su faena. Tu asesino en potencia o bien se largará o bien cerrará la boca. No arriesgas que Montargis se lance a una investigación a fondo. Tiene demasiado trabajo. Intentará simplemente meterle miedo al fulano o mantenerle algún tiempo entre rejas. Te preocupas sin motivo.

—Es razonable lo que dices, pero no impide que no me agrade tu amigo Montargis. Es un tipo al cual no se engaña fácilmente.

—No le hemos engañado. Le has hablado del peligro que corres y solicitas protección, como cualquier ciudadano.

—¡Bah, hablemos de otra cosa! No puedo evitar el pensar constantemente en Max. El sí que ya no tiene problemas. No sé todavía la razón por la cual me ha dejado a mí toda su fortuna. Tú también eras su amigo.

—¿Te olvidas que él consideraba que le salvaste la vida? Max te ha demostrado así su agradecimiento. Deja ya de cavilar. Montargis

ahuyentará a tu pistolero, y se acabarán tus molestias. Podrás descansar y ocuparte de tu salud. Claro que sigue en pie tu problema principal. Silvana Fabri.

—No te es simpática, ¿verdad?

—Es muy simpática, pero no creo que sea la mujer que te conviene. Según me has confesado, ella te acusa de inestable y peligroso. Pero no creo que ella sea un modelo de novia estable ni mucho menos…

Sonrió Danvers.

—¿Qué le vamos a hacer? La quiero, y ha cambiado ahora. Ya no es tan voluble. Y además… no lo puedo evitar. No quiero renunciar a ella. Son ya tres años de noviazgo, accidentado si quieres, pero eso de los noviazgos apacibles creo que pertenece a la época de antes de la guerra.

—¿Cuál de ellas? —rio Castel—. Te comprendo perfectamente. Te enamoraste a fondo…! Bueno, yo me voy. Tengo una hermosa tarde en perspectiva. Una preciosa viudita que reside en Vincennes. Propietaria de una magnífica anatomía y de una estupenda mansión para ella sola. La conocí en la parrilla del Hilton. Mañana vendré a verte.

A solas, prefirió Danvers abstraerse en el trabajo. Se olvidó de todo, hasta que el reloj le reveló que pasaban de las siete. Esta era la ventaja de aquel proyecto aprobado. Era su propio patrón, libre para trabajar a las horas que elegía.

Al salir a la calle, había observado los alrededores. En la acera de enfrente, un hombre parecía esperar a alguien bajo el pórtico de un zaguán. Calmoso, recio y seguro de sí mismo. Un policía.

En el hotel, cenó sin apetito, y pasó a su habitación para absorberse en la lectura de una revista italiana de arquitectura.

Al salir nuevamente del hotel y subir al taxi que esperaba, había olvidado a Legris. Pensaba solamente en Silvana.

El taxi le dejó en la tranquila avenida Mozart. Contempló el pabellón, al fondo del jardín donde se erguían árboles sin hojas, de retorcidas ramas negras. Una casa con un solo piso y Silvana la usufructuaba en su totalidad.

Aquel jardín con su pabellón edificado un centenar de años antes, enmarcado por altos edificios de ladrillo, daba la impresión de un lugar sobreviviendo a una época ya extinguida.

Empujó la verja de hierro forjado. Silvana la había dejado abierta. Del interior de la casa filtrábase una luz, proyectando sobre el césped arabescos enrevesados.

Junto a la puerta de entrada, había un aplique encendido. En el primer piso, donde se hallaba el salón y los dormitorios, distinguió una sombra femenina tras un cortinaje.

Pulsó el timbre y la puerta se abrió. Subió con creciente prisa los peldaños.

Silvana le esperaba en el umbral del *living,* erguida en la suave luz ambarina de la pantalla tras ella. Femenina y sinuosa, en la larga bata malva.

La sedosa cabellera de reflejos bronceados en alto, como una diadema coronando su rostro de puros rasgos de madonna.

Ella le miraba aproximarse, y sus ojos rebosaban de cálida ternura. Tendía las dos manos. Juntos fueron a sentarse en el amplio diván del tresillo.

No necesitaban hablarse. Enlazados, se contemplaban como si se veían por vez primera. El resto del universo había cesado de existir.

Edgar Danvers había vuelto a hallar un refugio separo, lejos del tumulto y el miedo, lejos de la brega fastidiosa de la vida cotidiana, complicada en su caso con un otro yo.

Su sitio, su felicidad, estaba allí, cerca de Silvana Fabri, dulce, inteligente, tierna tranquilizante.

Por fin, desprendiéndose del abrazo que esta vez ni fue salvaje ni colérico, sonrió ella.

—Has vuelto y no te dejaré partir nunca más.

—Así sea —pronunció él con gravedad, casi con misticismo.

—Quiero que sepas que, que comprendas... Ningún otro hombre ha significado nada, no eran nada. Nunca he dejado de pensar en ti, de quererte con toda mi alma.

Sintió deseos de explicarle todo. Lionel Moran, Legris... Pero se contuvo. No era el momento adecuado en aquella noche tan deliciosa de proporcionarle inquietudes.

Charlaron con entusiasmo. Silvana elaboraba proyectos. Un médico para Edgar. Aquellas crisis tenían curación. Y fácil. No era nada. Un buen especialista lo arreglaría todo.

—... Y ahora, puedes explicarme qué representa ella.

—¿Ella?

—¿Qué papel juega en tu vida? Me refiero a Laura Bodart.

Se incorporó bruscamente Danvers.

—¡Caray! Quedé en telefonearla y me olvidé por completo.

Marcó los números del hotel Provenzal y solicitó la habitación 190. Esperando, meditó que era curiosa la costumbre hotelera de partir del número 150 en aquellos hospedajes del barrio latino.

La voz de la telefonista le llegó, tajante, precisa:

—No contestan, señor.

—Deme la recepción, ¿quiere?

Oyó la clavija y la conexión comunicándole.

—Al aparato Edgar Danvers. Creo que me recordará. La señorita Laura Bodart, habitación 190, ¿dejó algún mensaje para mí?

—Sí, señor Danvers. La señorita Bodart me encargó que le notificase que tenía una cita con el señor Moran.

CAPÍTULO VIII

Edgar Danvers se mordió los labios a tiempo. Reprimió así la exclamación de sorpresa. Pudo hablar fríamente.

—¿Con el señor Moran, dice...?

—Eso fue lo que ella me encargó le repitiese. El lugar de la cita es el Bois de Boulogne, en la confluencia del muelle Stalingrado y el puente Billancourt.

—¿Cuándo... cuándo se ha marchado ella?

—El mensaje lo anoté exactamente cuando la señorita Bodart me lo dictó. A las veintidós y doce minutos.

—Gracias.

Al colgar, permaneció Danvers un instante en su sitio, preso en el torbellino de confusiones.

Ante él. Silvana le miraba fijamente.

—¿Qué te ocurre, Edgar?

—Lo siento, Silvana. Tengo que irme y enseguida. Confío en no llegar demasiado tarde.

Aunque ella replicó serenamente, se percibía la curiosidad, un inicio de enojo y despecho.

—Se trata de esta muchacha. ¿Laura, la del hotel Provenzal? ¿Qué ha hecho? ¿Quién es ella? ¿Por qué tienes que ir a verla así tan apresuradamente?

—Voy a parecerte melodramático, pero esta chica corre peligro. Es una cuestión de vida o muerte. Son ya... las diez y cuarenta. Laura ha ido a la cita de un asesino.

Sin aguardar respuesta, recogió el Loden y bajó corriendo las escaleras. Atravesando el jardín meditó que hubiera sido excesivo pedirle a Silvana el coche prestado.

Tuvo que ir hasta el cercano muelle de Passy para encontrar un taxi. Mientras el coche descendía por la ribera del Sena, calculó que ella desde su hotel tuvo que emplear cerca de media hora en llegar al sitio de la cita.

Se la imaginaba, confiada, llena de esperanza, creyendo que su problema se resolvería puesto que Moran en persona quería verla y ayudarla.

Pero no sería Lionel Moran a quién ella encontraría.

El lugar convenido para la cita estaría desierto a aquella hora, en noche invernal.

¿Por qué la dejó creer que Moran era un amigo, casi un pariente? Había creído en Moran, había atendido su llamada. Pero ¿quién pudo telefonearle a ella haciéndose pasar por Moran?

Interpeló al chófer:

—Oiga, un poco más aprisa, ¿quiere?

Sin volver la cabeza, el taxista afirmó campechano:

—No se inquiete. Llegaremos bien. Mire bien mi letrerito.

Apuntaba con el índice junto al retrovisor. En letras plateadas se destacaba sobre la placa negra:

«Preferible perder un minuto en la vida, que la vida en un minuto».

El taxi penetraba por el muelle Point du Jourcon con sus hangares y callejuelas poco iluminadas. ¿Quién podía estar al corriente en París de la existencia de Moran?

Se estremeció a la idea que Vulpiano y el hermano de Laura hubiesen averiguado que ella había sido enviada a París por Moran, y que hubiesen venido para... silenciarla.

Las noticias se transmitían pronto y misteriosamente en el mundo del hampa.

El taxi pasó de largo ante el puente d'Issy.

Pegado el rostro al cristal, Danvers trataba de perforar la oscuridad aclarada a trechos por una mancha de luz. A instantes aparecía el río, glacial en aquella noche de enero.

Al iniciar el taxi el descenso bacía el puente Billancourt, vislumbró Danvers una silueta, una forma humana corriendo.

Era una mujer. Corría por la desierta acera, flotante su abrigo, alborotados los rubios cabellos por el viento.

Y a unos treinta metros detrás de ella, distinguió una silueta imprecisa lanzada en su persecución. Un hombre que progresaba a largos trancos, ganando terreno.

Gritó Danvers al chófer para que detuviese el coche, abrió la portezuela y saltó del taxi en marcha. Llamó a toda voz:

—¡Laura, Laura!

Pero ella continuaba corriendo con gestos desordenados, y creyó que no le había oído. De pronto, ella desvió en diagonal hacia él, alzando la cabeza:

—¡Edgar!

El perseguidor se detuvo. Laura volaba hacia Danvers. Tropezó y en blanda zambullida fue resbalando por el suelo a pocos metros. Abalanzándose, se inclinó Danvers sobre ella.

La primera bala pasó por encima de su cabeza con un largo silbido. La segunda fue como un soplo quemante rozando su cuello en el momento en que se inclinaba.

La tercera y cuarta se perdieron por el talud cercano.

Ya estaba Danvers encima de Laura que permanecía tendida, inmóvil, respirando anhelosamente.

La voz ronca y estentórea del chófer llegaba a sus oídos:

—¡Acudid al galope, pareja, antes que este chiflado se arrepienta! ¡Se largó! ¡Vamos, buen mozo, date prisa!

Alzó Danvers la cabeza. El agresor había desaparecido.

El chófer le dedicaba una vigorosa gesticulación, bramando consejos complementados en imprecaciones sonoras.

Danvers cogió por las axilas a Laura, alzándola. Tuvo que llevarla en brazos, porque apenas lograba sostenerse en pie. Sollozaba temblorosa.

—Vamos, vamos —dijo, luchando él mismo para recobrar su aliento normal—. El taxi está aquí mismo...

Vamos, cálmate, chica. Trata de dominarte. No tengas ya miedo. Todo pasó. Todo va bien.

La depositó al interior. El chófer obsequió a Danvers con amplia sonrisa al cerrar la puerta.

—Oiga, de película, joven. Estuvo usted maravilloso.

Y como me debe veintidós francos por el momento, no quería que un sátiro chiflado le hiciese huir o les matase a los dos.

A la vez aceleraba remontando por el iluminadísimo Boulevard Jaurés. Miró con agrado a la rubia que se acurrucaba contra su salvador, reclinando la cabeza contra su hombro.

Comentó gruñón:

—Otra vez, parejita, se dan cita en un sitio más civilizado. En aquel sitio suelen abundar los chiflados.

Y este lo era de marca mayor. Mira que ponerse a disparar como si estuviéramos en Texas 1899... ¿Quiere dar parte a la policía, joven?

—No, no...

—Mejor. Luego vengan preguntas, ven por la mañana, ven la semana próxima... ¿Dónde vamos?

—Hacia la estación de Montparnasse, por favor. Y gracias por haber esperado, amigo.

—Es mi norma. Siempre espero al cliente. Ande, calme a su chica. Soy ciego y sordo.

Laura se recuperaba lentamente, mecida por el ronroneo monótono del motor. Al cabo de unos instantes, indagó Danvers:

—¿Quién era ese que te corría detrás?

—No sé... Yo aguardaba en el sitio que me indicó por teléfono Lionel Moran. Se acercó un hombre. Vi enseguida que no era Moran. Entonces tuve miedo y eché a correr.

—¿Y no sabes quién era?

—¿Cómo quieres que...? Me eché a correr sin mirar No quería volverme... Me habría atrapado si tú... Tú me has salvado la vida...

Tenían los rostros muy juntos para hablar en voz baja. Los labios de Danvers rozaron los de Laura. Eran suaves, tibios. Con esfuerzo, se apartó.

Laura hizo lo mismo manteniéndose en la esquina del asiento, alisándose el cabello. Anunció Danvers:

—Hay que decidir lo que has de hacer ahora. Un hecho es indiscutible. No puedes volver al Provenzal. El tipo ese... en fin, quien sea... sabe ya dónde resides. Será preciso que te cambies de alojamiento. Aunque por esta noche, yo creo...

—No, no... Yo no vuelvo al hotel.

—Bien, no te pongas nerviosa, muchacha. Vendrás a mí piso. Inútil decirte que es una oferta en plan amistoso. Plenamente entre amigos. Mañana buscaré otra solución mejor.

Le dio la dirección al chófer. Pero por prudencia mencionó otra esquina, poco distante.

Nadie supondría que iba a volver a su piso. No era el mejor de los arreglos, pero Laura estaba aterrorizada, y de momento, era la mejor solución posible.

Duplicó la cantidad que señalaba el taxímetro y el chófer expresó su gratitud con un comentario muy parisino:

—Es usted un valiente generoso, pero claro con una novia así hasta yo, con mi reúma, sería Tarzán.

No fue por la calle principal. Llevó cogida del codo a Laura por el pasaje Barbusse. Llevaba encima el llavero con la llave de la puerta de servicio.

Y por fin se hallaron en el piso, puerta cerrada, luces encendidas, cortinas echadas. Era un refugio seguro, familiar. Por lo menos para aquella noche.

Eligió un pijama y una bata para Laura. Entregó las prendas por la entreabierta puerta del cuarto de amigos.

El teléfono repiqueteó. Extrañado fue a descolgar, aplicándose el auricular, escuchando en silencio.

Un jadeo. Y una voz pastosa. Era Denis Castel.

—Salve, Edgar. Como no estabas en el hotel, me imaginé que a lo mejor estarías en tu palomar. Oye, no me hagas mucho caso. He bebido un poco más de la cuenta. El célebre Guy Montargis ha ahuyentado el maleficio, ¿eh?

—¿Dónde estás?

—Repantigado en un enorme salón, viejo. Había captado mal las intenciones de la viudita. Eran honestas. Ha hecho venir a su mamá de un pueblo del Norte para presentarme. Estoy en peligro. Voy a esfumarme lo antes posible.

—¿Para qué me llamaste? ¿Sabes algo nuevo?

—Nada, viejo. Nada nuevo. Quería solamente saber si todo iba bien.

—Estupendo, gracias. ¿Nos vemos mañana, Denis?

—Mañana sin falta. Salve, viejo.

Colgando, se adosó Danvers a la pared. Trataba de esclarecer sus ideas. No podía. Sentía sueño. Se dirigía a, su habitación pensando en el sedante que tomaría para poder dormir tranquilo, cuando oyó pasos en la escalera. Había un peldaño que crujía.

¿Denis Castel? No. Denis estaba bebiendo, en el gran salón, esperando zafarse de la doble acometida matrimonial de la viudita y su mamá.

El timbrazo amortiguado por el zumbador repercutió largamente.

Tras la puerta, indagó:

—¿Quién es?

La voz cálida, de contralto, de Silvana, le respondió. Abriendo la puerta meditó que no sabía que decirle. Ella no entraba. Su capa de pieles tenía capucha que aureolaba, enmascarándolo a medias, su hermoso semblante, dando sombras a sus mejillas sonrosadas por el frío.

—Estuve preocupada. He salido. Vi luz en una de tus ventanas y he subido.

—Yo iba a telefonearte…

La mirada de Silvana pasaba por encima de su hombro. En los labios femeninos hubo una crispación dolorida, y luego una sonrisa amarga.

Danvers echó un vistazo por encima de su propio hombro. No pudo reprimir la mueca de fastidio.

Laura había abierto la puerta del cuarto de amigos y estaba en el dintel del estudio. Plantificada, colgantes los brazos, perdida en el pijama demasiado grande, esparcidos los rubios cabellos, miraba a Silvana en silencio.

Silvana Fabri se ajustó el capuchón de su «parka» y dando media vuelta, dijo antes de cerrar la puerta desde fuera:

—Tengo la vaga impresión de ser inoportuna. Les ruego a los dos que me disculpen.

—Pero, oye… no es lo que te imaginas, mujer…

Silvana Fabri bajaba apresuradamente las escaleras.

Titubeó Danvers. Luego, acabó de cerrar. Mañana le explicaría todo. A su espalda, murmuró Laura apenada:

—Lo siento, Edgar. Yo no sabía…

—Olvídalo. A dormir. Mañana saldrá el sol. Buenas noches.

CAPÍTULO IX

—En teoría, debe dar resultado —dijo Danvers—. Bastaría poner el anuncio en la Prensa y firmar Moran.

Denis Castel se rascó la unión del maxilar y garganta.

—No sé. Tal vez sí. A menos que se huela la trampa tu matachín.

—Nada cuesta probar. Total, ¿qué arriesgo?

Castel fue al cuarto de baño a beber agua para calmar los efectos de la resaca de la noche anterior. Se hallaban los dos amigos en el apartamento ocupado por Castel en el hotel Lutetia.

Le había sido imposible a Danvers comunicar con Silvana.

Laura Bodart por la mañana había expresado su pesar:

—Esto no puede seguir. Te complico la existencia, Edgar.

—No te inquietes por mí. Creo que mi suerte ha cambiado.

La llevó a un hotelito del barrio Latino, pagando una semana anticipada y recomendándola no salir.

Castel salía ahora del cuarto de baño comentando:

—Bien pensado, tu truco es lo bastante simple como para tener éxito. Es preciso redactar un texto breve y claro, aunque permaneciendo en la vaguedad.

Mientras Castel se vestía, Danvers se concentró en la redacción. Por fin tras tachar y corregir, preguntó:

—¿Qué te parece este anuncio? «L. M. desea liquidar el negocio concerniente a E. D. con el enviado de Marsella. Pagará cantidad convenida, pero tras obtener ciertos informes. Esencial evitar todo retraso. Enviado de Marsella tome contacto urgente con L.M».

Miró interrogante a su amigo.

—¿Dónde puedo citar al matarife?

—¿Por qué no aquí mismo?

Y a la vez que añadía las líneas, iba pronunciando lo que escribía:

—«Enviado de Marsella tome contacto urgente con L. M. para decidir modo de pago. Cliente está actualmente en París. Telefonear

urgentemente a GOB-1.190, habitación 224».

Echando atrás su silla, agregó Danvers:

—Con este anuncio, debería hacer acto de presencia, ya que por lo general todos los asuntos turbios o no, se resuelven en la columna de «Anuncios Particulares».

Castel leyó lo escrito en la cuartilla.

—Perfecto. Exactamente lo preciso. Pero si yo estuviera en tu lugar le dejaría a él la elección del sitio de la cita. De este modo no temerá ninguna encerrona. ¿Qué opinas?

Tendió la cuartilla a Danvers que añadió una línea.

—¿Por qué no pensé en ello antes? Era sin embargo muy sencillo.

—Lo atraerá infaliblemente, viejo. Lo que quiere es cobrar.

Danvers volvía a sumergirse en su oscuro universo poblado de rostros imprecisos, fantasmales, a los que había vendido su vida.

—Lo que me pregunto es cuánto me comprometí a pagar.

—Según me has contado, en tu cuenta bancaria faltan veinte mil francos, una vez deducidos gastos normales. Por consiguiente esta cantidad que pagaste al contacto, como Lionel Moran, debió ser la mitad de paga y señal. Todo lo que desea el tipo ese es cobrar los otros veinte mil. Cuando los palpe, se irá. No tiene nada personal en contra de Edgar Danvers. No le conoce, le importa un bledo. Hace su trabajo, y espera cobrar el resto para regresar a Marsella.

Redactó Danvers el anuncio en cuatro cuartillas para los cuatro periódicos más populares parisinos. Dijo Castel:

—Yo me cuido de llevarlos, para que aparezcan sin falta esta noche y mañana. Bueno, viejo, estás en tu casa. Come, merienda y cena aquí. Ordenaré que te pongan una cama principesca en la sala contigua.

En el restaurante del hotel comió Danvers con apetito. Renacía la esperanza. De nuevo en la *suite* llamó a Silvana. El teléfono repicaba, pero nadie acudía.

Era absurdo que ella pensase que existía una aventura entre él y Laura. Silvana tenía que saber ya perfectamente que solo ella contaba. Laura era solamente una chica en apuros, por culpa de Moran, y moralmente él sentíase obligado a ayudarla.

En el apartamento de Castel no había nada para leer. Castel nunca había sido aficionado a lo imaginativo. Era todo lo contrario

de un cerebral. Un muchacho sencillo y sano, que vivía siempre en el presente y en lo positivo.

La tarde pasó con lentitud. Por fin llegó Castel, y con él, la jovialidad.

—Ya no hay más que esperar el telefonazo de tu matarife, si es que sabe leer.

Cenaron agradablemente, evocando sus recuerdos de guerra. Pasaron al local contiguo de atracciones sexy. Telefoneó nuevamente Danvers a Silvana. No obtuvo respuesta.

A la medianoche nadie había llamado a la habitación 224.

A la mañana siguiente Danvers se despertó antes que Castel. Consultó la hora. Pasaban de las once. Castel emergió perezosamente del sueño y con el desayuno se hicieron subir los periódicos.

Leyeron el anuncio, y esperaron, sin confesarse que estaban impacientes, acechando la llamada.

Era sábado. Silvana debía haberse ido de *weekend* a cualquier lugar de provincias.

A media tarde, cuando estaban tratando de matar el tiempo, jugando al póquer, el teléfono tintineó.

Danvers alzó el aparato con reprimida ansiedad.

Una voz monótona indagó:

—¿Hablo con L.M.?

—Sí. Yo soy L. M.

—¿Lionel Moran?

—Sí, yo soy Lionel Moran y estoy dispuesto a pagarle inmediatamente. He cambiado de opinión sobre el trabajo encomendado, y solamente deseo liquidarle el saldo a su favor. ¿Está de acuerdo?

Hubo un silencio prolongado al otro extremo del cable, y el comunicante dijo con lentitud:

—Supongo que se refiere usted a un tal Edgar Danvers.

—Exacto. Cancelemos la operación.

—De acuerdo.

—¿Puedo saber con quién hablo? Es decir, su nombre…

—Llámeme Legris.

—¿Legris?

—Eso es. Bastará.

Mantenía Danvers el auricular apartado de la oreja para que a su lado pudiera Castel oír.

—Bien, Legris, vayamos a lo práctico. Ya ha desempeñado usted su cometido. Me habría gustado que fuera usted hasta el final, pero la cosa se complica, y prefiero abandonar el proyecto. Dígame… ¿dónde nos vemos y cuándo?

—No vayamos tan aprisa. Primero quiero saber si todo es decente. Descríbame como es usted.

Evocó Danvers la imagen que había visto en el espejo el día de su regreso a París.

—Alto, moreno, con bigote. Llevo lentes marrón oscuro.

—Así es. Conforme.

—No cabe error. Me reconocerá. Le extenderé un cheque.

—Nada de cheque. Efectivo. Billetes.

—De acuerdo. Efectivo. Si es que puedo reunir la cantidad en billetes lo bastante aprisa.

—Nada de juegos de manos. Veinte mil al contado, en billetes de cien usados y sin marca. Aunque cualquier trampa le perjudicaría a usted el primero. Escuche con atención. ¿Conoce el barrio de las afueras, al sudeste, Charenton?

—Sí. Bastante.

—Bueno… Atravesará el puente de Conflans, y por el muelle de Bercy-Charenton, entrará en la calle Des Hangars. En el centro del segundo bloque edificado, hay un taller. Verá el cartelón. Dice: Boreli, Fontanero. ¿Toma nota?

—Sí.

—Procure asegurarse que no le siguen. Hay policía fisgona ¿sabe? Entre en el taller, atraviese la sala de utillaje y bancos de prueba, y vaya al fondo. Encontrará un despacho. Allí dentro le espero.

—¿Estará usted solo?

—Naturalmente. No habrá ni un gato. Digamos a las nueve esta noche. No, mejor a las nueve y treinta. Trae el dinero, nos damos la mano y cada cual a su casita.

—Le traeré el dinero.

—Comprenda que he de tomar mis precauciones. Tengo que saber con quién trato. Por esto he elegido el sitio mejor para ambos. Lo encontrará fácilmente. A las nueve y media en punto. Hasta

luego.

Legris colgó. Danvers tardó un instante en depositar el aparato. Miró interrogante a Castel:

—Parece que todo es normal. ¿Crees que puede ser una trampa?

—¿Estás seguro de que era el matachín?

—Sí. Conocía el trato. El solamente podía saberlo. ¿Y dónde voy a encontrar veinte mil en efectivo, un sábado por la tarde?

—Fácil. Conozco a un corredor de apuestas de caballos que se pasea con fajos de billetes encima. Me facilitará los veinte mil al dos por cien. ¿Conformes?

—Eres un tío formidable.

—Lo sé, viejo. Pero tú no olvides que debes transformarte en Lionel Moran.

—Caray… Es cierto. ¿Y el bigote?

—Sencillísimo. Cualquier peluquero, viejo. Vaya, la te traeré uno. Con muestrario de bigotes negros. Te lo pega en un santiamén, a tu gusto. Dos horas después, lo tiras. No es más que un mal rato que pasará pronto. ¡Ey! La amistad es una cosa, el dinero es otra. Extiéndeme un cheque por veinte mil más doscientos de intereses por dos días.

Tras extender el cheque, comentó Danvers:

—Pasaré por mí piso a recoger las gafas y la ropa de Lionel Moran. Nos volvemos a ver aquí.

Fuera, el cielo era negruzco y un viento glacial soplaba a ráfagas. Bajó del taxi, ya sin temor. Ningún asesino le esperaba.

En su piso, fue colocando en una maleta, el traje azul de Lionel Moran, el abrigo negro y el estuche con las gafas oscuras.

Halló también otra cosa. No quería enfrentarse a Legris, sin estar armado. Bajo una pila de camisas estaba la automática «Mauser», nueve corto. Con su funda sobaquera. La guardó en la maleta.

En el hotel, ya estaba esperándole Castel que riente le tendió un fajo de billetes.

—A gusto del cliente. Usados, sin marca, y de cien.

—Mi rescate.

—Tu escapatoria a la tumba.

Cenaron pronto. El maquillador, un tal Micha, se presentó puntualmente a las ocho. Preguntó qué clase de bigote deseaba el señor.

Con el índice trazó Danvers más o menos el ancho y largo, señalando después el color de su cabello.

Micha era un viejo con rostro de pepona, y gestos delicados. Extendió líquido adherente sobre el labio superior de Danvers y aplicó una tira de pelo negro que fue asegurando con toques precisos.

Manipuló las tijeras, recortando, retrocediendo, entornando los párpados, recortando de nuevo. Sacó un espejo del maletín y lo presentó a Danvers.

Era curioso. Aquel simple trazo negro más las gafas oscuras, cambiaban completamente el rostro.

Se fue Micha. Y pasó Danvers a vestir la ropa de Moran. Al salir del cuarto de baño, preguntó:

—¿Qué tal, Denis?

Castel emitió un silbido y declaró asombrado:

—Es formidable. Pareces otro totalmente distinto. Ya no eres el buen Edgar Danvers.

En el bolsillo interior de la americana azul se guardó Danvers los billetes prendidos en cinta elástica.

En la puerta resonó un golpe imperioso, brutal.

Frunciendo las cejas, Castel se aproximó a la puerta, haciéndole gestos a su amigo de que desapareciese. Abrió.

Desde el interior del dormitorio, por la abertura mínima del batiente, Danvers miró al visitante.

El que entraba seguido de un desconocido, era el joven inspector de la Criminal, Guy Montargis.

CAPÍTULO X

—Le presento a mí ayudante Rostand. Tengo un dato nuevo, interesante.

Oía Danvers responder a Castel tranquilamente:

—Magnífico. ¿Un café, coñac?

—No, gracias.

Danvers estaba seguro que Montargis no pudo verle. **Pero** el tiempo pasaba, y Legris no esperaría.

En la sala, Montargis hablaba sin matices, destacan**do** netamente las sílabas:

—Intenté encontrar a su amigo Danvers. Ni en el despacho, ni en su piso, ni en su hotel, pude conectar con él. Por esta razón he venido a verle, Castel.

—Gracias. ¿Hay alguna novedad?

—Mi ayudante Rostand cosechó un indicio importante. Parece ser que un *gangster* peligroso, drogadicto, se halla actualmente en París. De costumbre se camufla en los barrios bajos de Marsella. Un tal Berto, que a veces es apodado Lemort, otras Legris. Es asesino profesional, a sueldo de quien le paga la tarifa. Casi seguro es ese individuo el que acosa a su amigo Danvers. He colocado cinco agentes tras su pista. Si sigue por París no tardaremos en atraparlo.

Danvers ya no escuchaba. El destino quería que ahora desease anhelosamente que el llamado Berto Lemort Legris, tuviera el campo libre, solamente durante dos horas.

El tiempo suficiente para obtener los informes que deseaba.

Fue a la puerta que comunicaba con el pasillo lateral. Poco después un taxi le llevaba al barrio de Charenton.

Empezaba a sentir un extraño malestar. Las gafas oscuras, la automática, el bigote, la ropa oscura, todo pertenecía a un impostor, un enemigo mortal.

Atravesado el puente de Conflans hizo detener y pagó al taxi. A pie avanzó sin prisas. El cielo parecía de terciopelo negro, con

diamantina de estrellas. El viento había cesado.

Se detuvo ante un escaparate. Nadie le seguía. Pasaba gente. A lo lejos se alzaban los techos angulares de los almacenes en la calle Des Hangars.

El muelle de Bercy-Charenton rebosaba de luces y animación. En cambio, la calle Des Hangars espaciaba mucho sus farolas, y al avanzar por la acera se fue acentuando la sensación de aislamiento, de hostilidad.

En un entrante, una pareja de enamorados se susurraba ternuras.

En el segundo bloque edificado había un solar tapiado, en cuyo centro, sobre la entrada, había un cartelón con letras empastadas en pintura luminosa.

BORELI

Fontanero

La calle aparecía sombría y desierta. Atravesó Danvers, invadido por una súbita corazonada. Un peligro acechaba. En la noche silenciosa tal vez la policía aguardaba para capturar más que al *gangster* Legris, al propio Moran, a él mismo.

Tenía que decidirse. Hizo girar el pomo de cobre. La puerta se abrió sin esfuerzo. Penetró en una espesa oscuridad y cerró la puerta tras él.

Poco a poco, sus oíos se acostumbraron a la oscuridad. El inmenso taller estaba abarrotado de latas, mesas y máquinas. Distinguió una especie de corredor que llevaba al fondo del taller.

Fue avanzando, y en el silencio, el eco de sus nasos le parecía retumbante. ¿Por qué Legris no había encendido alguna luz?

Se detuvo dominado de nuevo por una sensación de peligro inminente. Extrajo la automática quitó el seguro.

Repentinamente, un crujido resonó en la penumbra. Luego, todo se desarrolló tan rápidamente que no tuvo consciencia alguna de los segundos que transcurrieron.

Entrevió una silueta encorvada surgiendo en el marco de una puerta abierta con violencia. Vio un brazo alzarse y no esperó más.

La detonación de su pistola hizo eco a la otra.

Oyó apenas la explosión de las dos armas. Corría hacia la puerta. Tras él se rociaban pasos precipitados. Su pie tropezó con un blando

obstáculo en el suelo.

La sala en que se hallaba tenía la débil iluminación procedente de un ventanuco en el tabique lateral.

Dobló una rodilla y palpó el cuerpo. Un cuerpo aún tibio. Un líquido viscoso empapaba el tejido de la americana a altura del hombro, junto a la solapa izquierda.

Apartó Danvers la mano de la yugular. Aquel hombre estaba muerto. Lo había matado. Había disparado sobre la silueta tambaleante.

Y aquel cadáver no era el de Berto Legris.

Un hombre calvo, de rostro macizo, duro, donde la muerte iba cincelando un gris cenizo o. Un desconocido. No llevaba arma alguna.

La sorpresa había inmovilizado por un instante a Danvers.

Fue, entonces cuando oyó gritos, exclamaciones y el peculiar rumor de pasos aproximándose rápidamente.

Franqueó el dintel en la oscuridad deslizándose tras una gran máquina.

Un amplio rectángulo lívido, al fondo, indicaba el emplazamiento de la puerta de entrada. Los que acudían se interpelaban a la vez que pasaban cerca, al otro lado de las máquinas.

Un haz de linterna enfocó el interior del despacho. Una voz se elevó alarmada:

—Hay un tipo aquí dentro. Está muerto. Cuidado... El que disparó está quizá por aquí.

Todos se habían precipitado hacia el fondo, hacia el punto donde había restallado el tiroteo.

Danvers fue aproximándose a la salida y se halló en la calle sin obstáculos. No había nadie ante el taller. Se dirigió a la esquina, precipitadamente.

Giró la primera calle a su izquierda, y quitándose las gafas las guardó. Llegó pronto a la zona iluminada, ante un cine, al cual sucedían restaurantes, bares y tiendas.

En el taxi que, le llevaba a la estación de Saint-Lazare, seguía obsesionado por aquella silueta que había surgido en la sombra, alzando un brazo.

Ya que su víctima no estaba armada ¿quién le disparó? ¿Legris?

Lo cierto era que tenía que huir, alejarse de aquel cadáver de un desconocido, alejarse de Berto Legris.

Berto Legris había disparado contra Moran. ¿Por qué? ¿Había desconfiado en el último instante? Debió temer una celada, ya que esperaba a un solo visitante, y había dos en el taller.

En el garaje abierto día y noche, alquiló un «Simca». Tomó la dirección oeste. Hacia las colinas normandas hacia la casa de campo del pueblo de Argentan, que ahora le parecía un refugio ideal.

Conducía sin prisas, extrañamente relajado. «Como un profesional del crimen, experto en fugas», pensó amargamente.

A medida que se alejaba de París, experimentaba un gran alivio, como si dejase atrás todos sus problemas. No podía superar un promedio de cincuenta. El viento hacía agitarse los copos de nieve que caían mansamente, sacudidos de pronto por una ráfaga.

A las cuatro de la madrugada, cansado, enrojecidos los ojos por la fatiga, divisó el campanario en la ladera de Argentan, irguiéndose entre las casas hacinadas del pueblo.

Un kilómetro antes del pueblo se extendía el bosque. Penetró por el camino que conducía a la casita oculta tras una hilera de magnolias. La casa de campo heredada de sus padres. Cada jueves, una mujer del pueblo, venía a limpiar, y ocuparse de reponer provisiones.

Muchos fines de semana habían sido de completo reposo en aquel rincón solitario, tranquilo, alejado de todo ruido.

Cuando detuvo el «Simca» ante la fachada posterior solamente tenía un deseo. Dormir.

Encontró la llave donde siempre la dejaba la mujer de faenas. En el interior de la corola de la rosa de plástico que parecía más verdadera que las legítimas del gran macetón.

En la cocina hacía frío. Encendió la calefacción de butano, y prendió fuego a las ramas secas apiladas bajo los troncos del gran hogar central.

Poco después, tras desnudarse como un autómata y revestir un pijama de franela, se hundió entre las sábanas, y, bajo las cálidas mantas halló el olvido total en un profundo sueño.

Despertó a las tres de la tarde. La casa estaba cálida, acogedora. Sentía hambre. Recordó de pronto que Denis Castel seguía esperándole. Fue a descolgar el teléfono y tras girar la anticuada

manivela, pidió a la centralilla del pueblo comunicación con París.

El número de Silvana. Esperó, impaciente. La telefonista dejó que la llamada repercutiera unas diez ven ces. No había respuesta.

Solicitó entonces el hotel Lutetia, la habitación de Castel.

—¡Edgar! ¿Dónde estás? ¿Qué pasó? ¿Dónde diablos fuiste?

—Escucha, Denis. No puedo entrar en detalles. Solamente puedo decirte que todo falló.

—¿Falló? Bueno, pero tú ¿estás bien?

—Sí. Pero el asunto falló, total y definitivamente. Y hay todavía algo peor... Ya te contaré. Ahora no puedo. Estoy en Argentan. Quiero estar tranquilo un par de días por lo menos, ¿comprendes?

—Comprendo, viejo. Llámame cuando quieras. Dejaré siempre dicho dónde estoy. Descansa, tranquilízate. Todo se arreglará. Llámame pronto.

Pasó al cuarto de baño, y el agua caliente despegó el postizo bigote. Ya no sentía hambre, sino una intensa sed y una lasitud total. Dolor de cabeza. Punzadas en la sien.

En la alacena había toda clase de, enlatados y frascos. Iba a coger un frasco de coñac. Su mano se detuvo. El alcohol agravaba sus dolores repentinos de cabeza.

Trataba de no pensar en nada, mientras bebía ansiosamente, al gollete, agua mineral. Era como si estuviera drogado. Necesitaba extenderse, descansar, dormir.

Del gran arcón sacó varios leños que colocó en los hierros de la parrilla sobre las pavesas de la chimenea-hogar.

Y volvió a la cama. Fue un sueño turbio, pleno de pesadillas, con rostros amenazadores. A ratos, los rostros eran deliciosos, femeninos, de sonrisa enigmática, perversa.

La rubia Laura, la pelirroja Regina, la señorial Silvana... Y una voz sardónica, una voz de bajo, clamaba en sus tímpanos:

«Ella es también de la Mafia...»

Cuando abrió los ojos vio el recuadro del ventanal. Un lívido sol a ras del matorral espinoso de las zarzamoras que formaban seto al oeste de la casa bajaba para hundirse en el ocaso.

Prefería amodorrarse, no pensar.

Un zumbido indefinible le despertó, una especie de rugido lejano que cesaba de pronto, volvía a oírse, se intensificaba.

Levantándose, sacudió la cabeza para aclararse las ideas.

Un coche subía el camino en dirección a la casa.

Se aproximó a una de las ventanas delanteras.

Oculto tras la esquina del cortinaje de tul blanco, apercibió más allá de las desnudas ramas de una magnolia agitadas por el viento, el coche que se detenía.

Su reacción fue instintiva. Se abalanzó sobre el abrigo que había tirado en el diván y extrajo la automática del bolsillo.

Volvió a apostarse a un lado de la ventana y junto a la puerta.

Doblando el dedo sobre el gatillo, acechó el coche cuya portezuela iba abriéndose.

* * *

Los leños crepitaban y las llamas proyectaban reflejos danzantes en el techo bajo del *living*. Un resplandor anaranjado cabrilleaba sobre la falda de Silvana.

Edgar Danvers declaró con voz áspera:

—He matado a un hombre, Silvana.

—Me es igual. No me importa. Cómo y por qué lo has matado, no me importa. Lo único que sé es que te quiero. Te necesito. Como tú me necesitas. Hemos de permanecer juntos para hacer frente a todo. Para lo bueno y lo malo.

—Es que todavía no lo sabes todo, Silvana.

—He comprendido, desde tu regreso, que algo grave te obsesiona. Lamento las reacciones que tuve ante esta muchacha, Laura Bodart. Yo estaba celosa ¿comprendes? Me alojé en casa de Raymonde, mi prima, desde la noche en que vi a Laura en tu piso. Quería evitar la tentación de contestarte al teléfono cuando me llamases. Y anoche, ya no pude más. Te llamé, pero no contestaban. Lo intenté otra vez, esta mañana. Después llamé a Castel. Me dijo que no sabía dónde estabas. Pensé que me necesitabas. Pensé que vendrías aquí, si sentías deseos de descansar, de reflexionar.

—Voy a explicártelo todo.

Sin interrumpirle una sola vez, ella le escuchó hablar de Lionel Moran en Marsella, de Laura Bodart, del extraño trato que había efectuado con asesinos profesionales.

Le explicó las agresiones. Le habló del testamento de Max Pascal, de Berto Legris, el *gangster* que el inspector Montargis había

identificado, de la cita frustrada en el taller de Charenton y del desconocido sobre el cual había disparado en la oscuridad.

—Eso es todo. Ni siquiera sé el nombre del individuo al que he matado.

—Debes librarte de esta pesadilla, Edgar. Quiero ayudarte. Estoy contigo, y siempre lo estaré. Un especialista te curará muy fácilmente. Y para siempre.

—De momento, no es un médico el que pueda salvarme. Por un lado, hay un cadáver. El del hombre al que he matado. Por otra parte, hay un asesino, Berto Legris, que persistirá en sus intentos de liquidarme.

Levantándose, vino ella a abrazarle. Permanecieron un largo momento enlazados. Desprendiéndose, sonrió ella:

—Trata de disipar por ahora las ideas negras, cariño. Vamos a cenar. Luego, pensaremos en el mejor plan a seguir. Mientras preparo algo, sería mejor que llevases los dos coches al establo-garaje. Para que no llamen la atención de nadie, ¿comprendes?

Salió por la puerta de la cocina. En el negro cielo, las estrellas lucían como congeladas, y a instantes, breves ráfagas de viento glacial silbaban por entre las ramas desnudas.

Cuando regresó a la cocina, borboteaban los contenidos de varias latas sobre el intenso fuego. En la mesa ya preparada había dos vermuts. Tendiéndole una copa, alzó ella la otra.

—Nos sentará bien a los dos, cariño.

Danvers estaba hambriento y la cena le pareció deliciosa. Saboreaba el café, entretenido por la estimulante charla de Silvana, cuando oyó el ronquido de un motor.

Fue a la ventana y vio las pinceladas de los faros de un coche remontando la carretera boscosa.

—¡Alguien viene! Te escondes en el cuarto. Apagada la Luz. No salgas para nada.

—Creo que sería que mejor que yo...

—¡Por favor, hazme caso! ¡Desaparece!

La empujó fuera del *living,* para luego ocultar la taza y copa que ella había estado usando. Pulsó el conmutador que encendía el aplique sobre la puerta de entrada.

Una cruda luz invadió el porche, revelando la silueta de un «DS» negro. El hombre que se apeó, llevaba un Loden marrón y sombrero

impermeable.

Abrió Danvers la puerta.

—Buenas noches, inspector. Adelante.

Guy Montargis saludó en silencio, en breve inclinación de cabeza. Al entrar se quitó el sombrero y abanicándose comentó:

—Este calorcillo es grato. Lamento interrumpir su fin de semana y su tranquilo reposo, Danvers. Tuve que convencer a nuestro amigo Castel para que me dijese donde podría encontrarle. Me lo dijo cuando le aseguré que era muy necesario que yo le hablase a usted.

Se aproximó al hogar tendiendo las manos hacia las llamas.

Brindó Danvers:

—¿Café, coñac?

—Un sorbo de coñac, por favor. Muchas gracias. Lo que tenía que decirle no puede explicarse por teléfono, ¿comprende? Anoche hubo un asesinato en un taller del barrio de Charenton.

Volviéndose de espaldas al hogar, aceptó Montargis la copa que le tendía Danvers.

—Usted se preguntará qué relación puede haber entre usted y el taller en cuestión.

—En efecto. Pero usted me dará la respuesta, inspector. A eso ha venido, supongo.

—El taller hace tiempo que nos era sospechoso. Venía a ser una especie de cuartel general para *gangsters*. Lo utilizaban como sitio de cita, reunión, discusiones. El dueño es un ex presidiario. No podíamos actuar, al carecer de pruebas delictivas. Pero anoche nos dieron una prueba. Un individuo fue liquidado anoche dentro de este taller. Unos testigos oyeron disparos y acudieron casi inmediatamente después del asesinato. El interfecto fue liquidado de dos balazos certeros.

—Sigo sin ver qué relación tiene este suceso conmigo.

—La víctima era un jefe pandillero. Berto Legris trabajaba para él, en ocasiones. El jefe pandillero se llamaba Henry Valdec.

El inspector Montargis se arrellanó en un sillón, tendiendo las piernas hacia el fuego. Danvers extrajo un cigarrillo, encendiéndolo.

—Nunca he oído hablar de ese Henry Valdec.

—Sucede que a veces un ciudadano se imagina no estar al corriente de nada. Y si se presenta la ocasión de hacerle algunas

preguntas, resulta algunas veces que estaba más informado de lo que él se suponía.

—En mi caso, extrañaría.

—Nunca se sabe —silabeó Montargis afablemente—. Présteme toda su atención, Danvers. Este Valdec vino de Marsella. Según mis colegas de Marsella, Valdec era sospechoso de haber constituido un modesto consorcio de matones profesionales. ¿Se da cuenta? Ejecuciones discretas, trabajo rápido y bien hecho. Para nosotros esta es la pega principal. Sabemos quién tira de los hilos que manejan a estos criminales a sueldo, pero no podemos meterles mano. Por falta de pruebas, ¿comprende?

—Comprendo.

—Sabemos que Berto formaba parte del equipo de Valdec. Sabemos que Berto es un adicto a la marihuana y por añadidura, un afeminado. No lo podremos atrapar vivo. Es un demente suelto, peligrosísimo. Nos preguntamos que vino a hacer a París, su jefe Valdec. No sabemos dónde se halla ahora Berto Legris.

—Tal vez por este mismo motivo estoy aquí, inspector.

—Bien hecho, bien hecho. Ahora bien, la situación se ha complicado. Hace algún tiempo un policía fue asesinado en Marsella. Un tal Jourdan. Lógicamente nos esforzamos al máximo cuando la víctima pertenece a nuestro Cuerpo. Si los maleantes pudieran suprimir un polizonte y escapar sin castigo, pronto nos exterminarían a todos.

Esbozó una sonrisa irónica.

—Resultamos molestos para la gente que oculta secretos delictivos, ¿sabe, Danvers? Bien... Creemos que un tal Ric Vulpiano fue el que liquidó a mí colega. Lo están buscando activamente. Con Vulpiano iba un granuja, un debutante, un tal Bodart... Parece ser que el tal Bodart tiene una hermana llamada Laura... Curioso... El confidente que nos informa y que nos señaló la presencia de Berto Legris en París, nos indica que también han visto por la ciudad a Ric Vulpiano. ¿No le parece extraño?

—¿Por qué razón habría de parecerme extraño?

—Esta súbita afluencia de asesinos a sueldo, procedentes de Marsella. La muerte del jefe Valdec, los merodeos de Berto Legris, de Ric Vulpiano, la desaparición de Bodart y su hermana Laura... añadió al individuo o individuos que intentan matarle a usted. Mi

teoría es todavía un embrión en germen. Pero empiezo a creer que usted tiene algo que ver con todo esto.

—¿Yo?

—Claro. Admitió que no conocía de nada al que pretendió matarle. Estuvo usted en Marsella recientemente. ¡Tal vez, sin saberlo, vio algo importante.

Guy Montargis no miraba a Danvers. Fijaba los ojos, con expresión ausente en el fuego del hogar.

—No sé si le dije que Valdec y su banda pertenecen a una sociedad muy conocida. Algunos la llaman «Cosa Nostra», otros «Camorra», pero por lo general, para el público ajeno a todo ese inframundo, la organización es más conocida como La Mafia. Le sorprendería saber, digo yo que le sorprendería, posiblemente, saber que personas en apariencia muy honorables, pertenecen de un modo u otro a esta organización. Y también damas, damas muy cautivadoras a veces. En fin, me aparto del tema esencial. Vine solamente a advertirle que vaya con mucho cuidado.

—¿En qué sentido?

—¿En cuál va a ser...?

Y levantándose, agregó Montargis sonriente:

—Yo, un policía corriente y moliente, advierto al ciudadano arquitecto Edgar Danvers, que por razones por ahora ignoradas, transite lo menos posible. Todo parece indicar que van a matarle, Danvers. Bien... No voy a molestarle por más tiempo. Gracias por el coñac.

—Sí... le resulta pesado reemprender el viaje de regreso a París, puedo ofrecerle hospitalidad.

—Ya me gustaría, ya —asintió Montargis dirigiéndose hacia la puerta— pero tengo esposa. Y le garantizo que los interrogatorios de una esposa son mucho más peligrosos que los de un policía corriente y moliente.

Abrió Danvers la puerta. Ya en el dintel, se volvió Montargis.

—Existe un indicio, una pista, algo vaga, que todavía no he tenido tiempo de estudiar de más cerca.

Se estremeció Danvers en la comente de aire helado.

—¿Un indicio?

—Muy difuminado, poco concreto todavía. Parece ser que vieron a un individuo cerca del taller Boreli. Es el taller ese del que le

hablé, ¿sabe? Ese taller del barrio de Charenton. Una parejita acaramelada le vio de reojo.

—¿A quién?

—Eso mismo pregunto yo. ¿A quién? Según la parejita, era desconocido en el barrio. Pero el aspecto era siniestro, según la chica. Alto, moreno, gafas oscuras. Fíjese bien. Gafas oscuras, de noche. Bigote negro. En fin, será fácil de identificar. Claro que unas gafas oscuras es un elemento poco original y muy abundante. No le molesto más. Hace frío ¿verdad? Danvers? Cuídese. Buenas noches.

Permaneció Danvers en el dintel mientras Montargis maniobraba para girar el «DS» desapareció rápidamente cuesta abajo.

Danvers cerró luz y puerta. Se adosó en ella. Si Montargis lograba identificar al llamado Lionel, hallarían su rastro en Marsella, y con algunas indagaciones más, esta pista les conduciría a Edgar Danvers, en París.

Irguió la cabeza. Silvana se aproximaba al hogar.

—¿Qué tenía que explicarte el inspector Montargis? Escuché tras la puerta, pero apenas oí alguna que otra palabra suelta.

Se acercó Danvers al fuego. Dijo con infinita lasitud:

—Quería saber si se me escapaba algo sobre el asesinato de Charenton. La víctima es un tal Henri Valdec.

—Eso lo oí. Estoy convencida que tú no lo mataste. Puede tratarse de una pelea entre pistoleros. Tal vez fue Legris quien mató a Valdec. Tú debes quedarte aquí unos días. ¿Me lo prometes?

—Prometido.

—Tengo que irme. A primera hora de la mañana he de firmar unos contratos de exclusiva. Aquí, no vendrán a molestarte ni Berto Legris ni sus semejantes.

Ella se enlazó y Danvers rozó con un beso los labios sedosos, hundiendo su mirada en la de ella.

La vio partir, absorto en ideas muy contradictorias.

Dirigiéndose al cuarto de baño, sacó la minúscula cajita con tabletas blancas ranuradas. Tomó dos.

Poco después dormía profundamente, sin pesadillas, sin noción de nada.

Le despertó la claridad del día penetrando a través del blanco cortinaje. Abriendo los ojos vio la alcoba que la pareció primero desconocida, paralizado su cerebro por aquel brusco retomo a la

realidad.

Se afeitó y bañó con deliberada lentitud. La cafetera silbó anunciándole que el negro brebaje reconfortante estaba preparado.

Si permanecía encerrado entre aquellas cuatro paredes, acabaría por volverse loco. Rematadamente loco. Pasearía por el solitario bosque.

Salió por la puerta de la cocina. Sentíase bien despierto, casi en forma, casi complacido de aquella soledad tranquila. El pálido sol mañanero le estimulaba y su cerebro volvió a funcionar plenamente.

Contorneó el establo-garaje, atravesó el seto de maleza y fue por el camino que remontaba la colina. Llegaba casi a la cima cuando oyó el proyectil rozando su manga con breve silbido.

Casi simultáneamente su mirada rápida, circular, instintiva, avisó el reflejo del sol sobre un objeto metálico.

El reluciente cañón de un rifle.

La detonación repercutió escasamente por la lacera boscosa.

El furtivo brillo había relampagueado entre los brezales a su derecha.

Lo percibió de nuevo algo a su izquierda.

El rifle volvía a encañonarle.

En aquel espacio algo árido, el soto más cercano estaba a más de veinte metros.

CAPÍTULO XI

Un nuevo disparo repercutió cuando se había zambullido a ras del suelo, en la hierba amarillenta. Pegado a la tierra, se puso a reptar, sobre codos y rodillas.

Aquel soto en talud descendente se le antojaba que distaba kilómetros. Bruscamente se distendió en impulso desesperado, y encorvado, hundida la cabeza entre los hombros, bajó a saltos, atravesó una mata y se deslizó en zigzag por entre los brezales.

Bajaba a largas zancadas, y alcanzó el pequeño sendero entre la arboleda. Había franqueado indemne unos quinientos metros desde la cima de la colina.

Jadeante, se detuvo aspirando aire ávidamente, a bocanadas. Durante unos minutos, permaneció quieto, tensos los músculos, acechando cualquier crujido cercano.

El pánico instintivo que le hizo actuar en rápidos reflejos, se iba disipando.

Reemprendió la marcha a largas zancadas. Se hallaba provisionalmente protegido, pero si el del rifle le había seguido, le iba a ofrecer un blanco fácil al atravesar el césped liso que iba desde las magnolias sin flor hasta la casa.

Mentalmente pensó que estaba batiendo un récord mundial en su *sprint* ondulante hasta la fachada posterior.

Ya en la cocina, se adoso a un lado de la puerta cerrada, sin aliento, resollando. Allí dentro estaba como en una trinchera. No le atacarían. Sabían que ahora disponía de un arma.

Para calmarse, tenía que hablar, hablar con alguien de su plena confianza. Pero estaba a solas.

Tenía que tratar de aclararse las ideas, la confusión mental.

—Ha sido Berto Legris, ¿no?

—Supongo que sí. Debió enterarse y seguirme hasta aquí. Esperó a que fuese de día para no fallar. O tal vez siguió anoche al inspector Montargis.

—¿Y qué importa cómo pudo venir? Todo lo que sabes seguro, es que ronda cerca con su petardo de largo alcance y que me busca. A menos que sea otro. Son quizá toda una pandilla.

—No exageres. Había un solo tirador.

—Lo sé, lo sé. Pero puede tener relación con el asunto del policía liquidado en Marsella. Estarán buscando a Laura. Sabrán ya que he estado con ella. Tal vez sea Ríe Vulpiano. Tal vez…

—Por este camino puedes hacer suposiciones hasta el infinito.

—Bien, lo único de lo que estoy seguro es de que ya estoy harto de correr como un conejo.

—Más vale conejo vivo, que león muerto. Y además, ¿contra quién vas a luchar? ¿Contra fantasmas?

—Hasta ahora me he conformado con soportar y ver venir los acontecimientos. ¡Sanseacabó! No sé todavía lo que voy a hacer, pero me propongo tomar la iniciativa de las operaciones.

—No estamos ya en Argelia, muchacho. Además, sigue aquí y te entierran en el bosque. No te hagas ilusiones. Aquí estás a merced del primer cazador que te soltará la perdigonada tranquilamente.

—Pero que no se arrimará a la casa, ahora.

—Es posible. ¿Y qué?

—Pistola en mano voy al garaje, y saco el coche.

—De acuerdo. Ya estamos en el garaje. ¿Y qué, luego?

—Vuelvo a París. Pasaré a la acción.

—No te excites. Calma. Ellos atacan parapetados, en escondites, y tú te vas a ver obligado a actuar en descubierto.

—¿Qué remedio queda, chico? ¡Vamos!

* * *

Aquel bar de Montparnasse era agradable: Pintores, bohemios y *hippies*. Gente de paz. En la cabina marcó los números del hotel, tras consultar el listín. Solicitó le comunicasen con la señorita Bodart.

—¿La señorita Bodart? Ah, sí… Se marchó.

—¿Dejó algún recado?

—No.

—¿Sabe cuándo volverá?

—Liquidó su cuenta. No dejó ningún recado.

—¿Puede indicarme a qué hora se fue?

—Espere un momento... Veamos... Bodart, Bodart... Laura Bodart. Esta mañana a las ocho.

Colgó con lentitud abandonando la cabina y el bar.

En la recepción del hotel Lutetia le replicaron que, en efecto, el señor Denis Castel estaba en sus habitaciones.

—Comuniquéis que subo a verle. Gracias.

—¿De parte de quién, por favor?

—Edgar.

En el ascensor se le ocurrió pensar que la presencia de Castel a estas horas era un verdadero prodigio. No era de la clase de hombres amantes de la aburrida quietud de una habitación de hotel.

Castel le abrió la puerta. Mirándole con inquietud.

—Pasa, viejo. Caray, me tenías ya alarmado. Venga, cuéntame.

Castel escuchó atentamente el relato detallado interrumpiéndole solamente cuando aludió a la visita del inspector Montargis.

—Me vi obligado a decírselo.

—Claro, hombre. No tenías otra solución.

—Montargis no te encontraba por ninguna parte. La única manera de cubrirte era darle tu dirección.

—Hiciste bien.

Explicó Danvers el incidente del tirador de la colina. Castel se reclinó en su sillón, perplejo.

—Debió ser Legris. Debió averiguar de algún modo donde te refugiabas. Tiene prisa por cobrar, ahora que su jefe Valdec ha muerto. Escucha, el embrollo es tremendo; Supongo que el policía liquidado en Marsella es el meollo de todo.

—¿Qué te parece si fuese a visitar a Montargis y le explicas toda mi historia de cabo a rabo?

—¿Cómo dices?

—Sí, Denis. Quiero terminar con todo esto. Estoy harto de que me persigan a tiros como a un conejo asustado. Es natural, ¿no?

—¿Estás loco o que, viejo? ¿Te das cuenta de lo que te pasaría? Lo mínimo, irías de cabeza al manicomio. Perderías tu trabajo, tu buena reputación. Y encima, serías acusado de asesinato.

—Sé exactamente el riesgo que corro, pero figúrate, Denis, que tengo mis dudas sobre si he matado yo a Valdec. Será absurdo, pero es así. Yo creo que ya estaba muerto cuando disparé. Había alguien

más en el taller. Alguien que salía del despacho a oscuras, y se disponía a pegarme un tiro.

—Lamentable historieta, viejo. ¿Quién te iba a creer? Tenías una cita allí. Sabiendo que pagaste a un pistolero para liquidarte y que tienes lapsos de ausencia total, ningún jurado ni juez te haría caso. ¿No fuiste allá disfrazado, además?

—Pero el periódico dice que no fue hallada arma alguna.

—En tu caso, eso no te arregla nada. Colócate un poco en el sitio de policías y jueces. Y si no escondiste el arma, peor todavía. Disparaste sobre un hombre desarmado.

—Sí, pero me queda una posibilidad. Recogieron las balas que mataron a Valdec. Si no proceden de mí automática...

—Escucha, viejo. Sería preciso que entregases tu pistola para la prueba de expertos. Y es de temer que descubran que es el arma del crimen. No, viejo, no hagas una estupidez.

—Claro que debo también pensar en Silvana.

—¡Otra vez Silvana! —exclamó Castel con cara de fastidio—. No es que quiera meter las narices en tus problemas íntimos, viejo, pero Silvana es un enigma.

—¿Qué mujer no lo es, Denis?

—De acuerdo. Es preciosa, es espléndida, tiene la elegancia de una modelo y la inteligencia de Minerva. Es formidable, pero ¡demontres! yo no me fiaría de ella...

—Es que resulta que la quiero con toda mi alma. Y ella me quiere. Eso es lo único que me importa.

Denis Castel se levantó. Vino a apoyar una mano sobre el hombro de su amigo.

—De acuerdo, Edgar. Te pido perdón por hablarte nial de Silvana. Pero prométeme que no harás la tontería de irle a explicarlo todo a Montargis. Si realmente crees que no has matado a Valdec, intenta sonsacarle a Montargis el calibre de las balas. Ya que estás seguro que no fuiste tú, no corres un gran riesgo con esta pregunta. Pero si la respuesta te da la razón, conserva para ti el secreto de tu desdoblamiento de personalidad.

—De acuerdo. Voy a mí piso. Estaremos en contacto, Denis.

—Conformes. Y no desesperes. Cuando menos te lo pienses, todo se arreglará.

* * *

En su piso, aguardó tendido en el diván. En la mesita, al alcance de la mano, una copa de coñac.

El timbrazo del teléfono le arrancó bruscamente de su semisomnolencia.

—Buenas noches, Danvers. Al aparato Montargis. Hay novedades.

—Magnífico. ¿De qué se trata?

—Son las nueve y veinte. Hay un bar cerca de su domicilio y me coge de paso yendo a mí casa. Chez Pierro. ¿Le va bien a las diez?

—De acuerdo.

—Hasta ahora.

El bar indicado por Montargis se componía de dos salitas separadas por una doble hilera de banquetas adosadas.

Montargis no había llegado aún. Danvers se sentó en una banqueta alejada del mostrador. Pidió un coñac.

En el umbral tras empujar la puerta giratoria, se detuvo Montargis. Localizó a Danvers y aproximándose exhibía una tenue sonrisa indefinible.

Sentándose frente a él, pidió una cerveza.

—Recibí la nota anunciándome que usted había llamado. Al parecer le interesa el calibre de las balas que mataron a Valdec. Lo comprendo, lo comprendo. Su interés por las andanzas de Berto Legris, es muy natural.

—Eso es. Es muy natural.

—Todo parece indicar que Valdec fue eliminado por dos plomos del nueve corto.

—Un arma muy comente. Precisamente tengo licencia para una «Mauser» de este mismo calibre.

—Sí. Es un arma muy corriente, por desgracia.

—Dijo usted que tenía novedades…

—Figúrese que resulta que los muchachos de la Criminal hicieron un registro concienzudo del taller Boreli. Hallaron una automática. Deslizada bajo la alfombrilla de la mesa despacho. Y es precisamente la pistola que mató a Henri Valdec.

Edgar Danvers no pudo evitar el suspiro de alivio.

¡No había matado a Valdec!

—¿Tiene asma, Danvers?

—Un poco. Quizá fumo demasiado.

—El tabaco es la perdición de los octogenarios. Suponemos que el arma debió ser lanzada por algún puntapié durante la pelea. Nos queda lo más importante. Encontrar a su propietario. Valdec no llevaba arma encima. ¿Lo liquidaron con su propio petardo al luchar contra su agresor? ¿El asesino, que llevaba guantes, soltó el arma y no pudo recobrarla, al verse obligado a apagar la luz?

—¿Por qué iba a apagar la luz?

—Suponemos que alguien se presentó casi al mismo instante. Pero, ¿quién suprimió a Valdec y por qué? No tenemos ni idea. En cambio, hay novedad sobre el hombre del bigote negro y las gafas oscuras.

Danvers sostuvo sin demasiado esfuerzo la penetrante mirada del inspector que prosiguió con tono filosófico:

—Son cosas que suceden en el oficio. Un indicio insignificante hasta, algunas, veces para desembrollar el caso más complicado. Hemos dado con un chófer de taxi que recogió a un fulano cerca del taller Boreli la noche en que asesinaron a Valdec. Lo recogió minutos después. Lo llevó a la estación de Saint-Lazare. Y cuando su cliente le pagó, vio las gafas oscuras que sobresalían del bolsillo. El fulano exhibía también un bigote negro. Creo que se trata del que buscamos. Están mis colegas indagando por los alrededores de Saint — Lazare.

—Pudo tomar el tren.

—Exacto. Celebro que colabore conmigo, Danvers. Pero si suponemos que el fulano no es rematadamente tonto, y creo que no lo es, se hizo llevar precisamente a la estación, para que los tontos polizontes dedujesen que había tomado el tren. No obstante, en todas las taquillas están haciendo consultas mis compañeros. Y por los contornos. Garajes, paradas de taxi, etcétera, etcétera.

Levantándose, añadió Montargis:

—Permítame pagar su coñac. Sin cumplidos, ya que me cae usted simpaticen. Tengo sueño atrasado. Quería solamente tenerle al corriente. No tenga la menor duda lo que le llamaré apenas haya novedad digna de mentón. Me interesan mucho las personas contra las que lanzan pistoleros a sueldo. Siempre se pregunta uno quién pagó a los matones y por qué razón han de liquidar a un joven

arquitecto.

—Puede ser que un asesinato de esta índole sirva para encubrir otro precedente, por ejemplo.

—Es bastante posible. Como teoría es aceptable. Bien, no le importuno más. Buenas noches. ¿Se va?

—Estoy en mi barrio y prefiero evitar conocidos. No deseo charlar sobre banalidades.

Danvers acompañó al inspector hasta la esquina. Le vio alejarse. Partió en dirección contraria.

El bar en que entró era una *boite* con decorados chillones, rojo y oro, luz tamizada y espejos. Algunas mesitas circundaban una pista de baile minúscula, y en la penumbra, media docena de parejas aguardaban la aparición de la orquesta.

En pie al extremo del mostrador, Edgar Danvers, bebía a sorbitos y depositó con cuidado su vaso sobre el círculo húmedo que manchaba el mostrador.

—Camarero, otro de lo mismo.

Mientras le servía, el *barman* comentó en voz baja, discretamente:

—Entre nosotros, señor, le participo que ya tiene otra copa de coñac medio llena delante de usted.

Danvers se limitó a sonreír amablemente.

Un individuo macizo, de canadiense gris, ancha frente y crespo cabello canoso, vino al mostrador y pidió una cerveza.

Danvers dejó un billete en el platillo. No había bastante gente en aquella *boíte.* Quería sentirse rodeado de una muchedumbre alegre, animosa, y luces, sobre todo, muchas luces. Se dirigió hacia la salida.

En la acera, se detuvo, alzando la cara hacia el cielo negro, y husmeó la brisa helada que soplaba por entre las hileras de edificios.

Doblando la esquina remontó la calle transversal. El bar donde entró parecía gemelo al anterior, salve que el decorado era verde y plata.

El *barman* se aproximaba con sonrisa profesional.

—Un coñac con dos dedos de «Perrier».

Había casi terminado de beber el contenido del vaso, cuando vio instalarse al otro extremo del mostrador al que acababa de entrar.

Canadiense gris, anchos hombros, cabello gris crespo. Y pedía una cerveza.

Un policía. La «sombra» que le había puesto el inspector Montargis. Claro que a veces, los agentes policiales, endurecidos por el oficio, tenían aspecto de *gangsters*.

Se dirigió Danvers a los lavabos, al fondo de la sala. Había tres puertas. Eligió la más alejada del mostrador. Daba acceso a una cocina sumida en la oscuridad.

Tanteó hasta llegar a la otra puerta, y descorrió el pestillo. Al salir se encontró en una callejuela maloliente. Apresuró el paso. Se dirigió hacia las luces de la avenida.

El bar en que entró era modesto, concurrido. Pidió un coñac. Con agua mineral «Perrier». Le gustaban las burbujas. Las estaba mirando al trasluz, las hermosas burbujas ambarinas, cuando entró la muchacha.

Era rubia, menuda, bonita. Se acercaba, se cogía de su brazo.

—Edgar...

—Hola, Laura.

—Por fin, he podido dar contigo, Edgar. Fui a tu piso. Esperé y no venías. Bajé y sentí frío en la calle. Entonces vine aquí para tomar algo... Verdaderamente no esperaba encontrarte.

—Yo también trataba de encontrarme a mí mismo, chica. Me siento un poco... un poco extraviado.

—Has bebido, Edgar.

—Es que en los bares suele uno beber algo o le echan a uno.

—Ha pasado algo horrible... Tuve que huir del hotel.

—¿Por qué, monada?

—Se presentó inesperadamente Ric Vulpiano. Dijo que iba a llevarme a ver a mi hermano. Telefoneó a un hombre llamado Berto. Quería citarse con él para no sé qué... Aproveché para huir.

—Bien hecho, chica. Otro coñac, camarero. ¿Qué quieres beber, preciosa?

—Pippermint.

Fueron a sentarse. Ella hablaba en susurros. Danvers asentía sin escuchar. Otro bar. Más coñac. Más pippermint.

Y el resto de la noche se perdió en un ensueño extraño. Edgar y Laura perdidos en un ensueño rabio y dorado.

Laura se había transformado en estatua con los colores de aquel

ensueño. Una estatua viva y cálida.

CAPÍTULO XII

Una campana empezó a repicar, tocando a rebato, desde las profundidades de su sueño. Las vibraciones lejanas del badajo sonoro se transformaron en chirridos agudos de insecto zumbón.

Apartando la colcha, tendió Danvers el brazo, tanteando en el vacío. Cerca de la cama, el teléfono resonaba insistente. Logró atraparlo y colocarlo entre la almohada y su oreja.

—¿Qué pasa?

—¿Danvers?

—Sí. Soy yo.

—Montargis al aparato. He estimado preferible dejarle dormir el máximo posible.

Danvers quedó sentado, de repente. Su cabeza se le antojó un *punching-ball* durante la sesión de entrenamiento.

Miró en torno. Un cuarto de hotel, un balcón, un cielo gris.

—¿Qué hora es, inspector?

—Vaya pítima que agarró, compadre... Son exactamente las cuatro y veintidós minutos de la tarde del martes. No ha sido fácil seguirle. Tiene buen gusto en cuestión de mujeres. Pero no es para decirle esto que le llamo, como comprenderá.

—Claro. Le escucho.

—Anoche fue visto Berto Legris. No sabemos por dónde andará ahora. Vaya con cuidado. Comprenda que no somos infalibles. Ayer le puse una sombra visible, es decir, bien a la vista. Era un protector. Pero usted se esfumó de pronto, por segunda vez, acompañado de una preciosa rubita. Y ha sido gracias a ella que he podido dar con su paradero. Uno de mis muchachos la vio salir del hotel.

—¿Qué hotel?

—Escuche, amigo... Le conviene una ducha fría. El hotel en que está usted se llama Cabanon, no es muy recomendable para un arquitecto, y por si no se ha enterado todavía, se halla en la calle

Rochechouart, del Faubourg Montmartre.

—¿Y Lau…? ¿Y la rubia?

—Escapó cómo una liebre. No nos interesaba ella, sino usted. Quiero decir, que es usted a quién intenta proteger uno de mis muchachos. Procure no volver a darle esquinazo. Sería lamentable que volviese yo a encontrarle, pero sobre un mármol de la Morgue. Por favor, no se emborrache más. No es solución para un hombre inteligente. ¿Lo es usted, Danvers? Creo que sí. Sólo que está algo aturullado ahora.

Colgaron.

Danvers depositó el aparato en su horquilla. Se levanto penosamente. Le dolía la cabeza. Se asió a la mesita de noche.

Había un papel doblado con esmero. Lo desdobló. Una caligrafía femenina, redonda, elegante, estudiada. Leyó:

«Llama al BEL-1.027 hacia las seis de la tarde».

No había firma.

En el cuarto de baño se ensimismó viendo el chorro de agua hirviente alternando con el chorro de agua fría.

Sumergido hasta el cuello dejó que el calor le penetrase, y metódicamente pasó revista a la sucesión de acontecimientos inexplicables.

Una imagen iba precisándose poco a poco en su mente.

Marsella, Lionel Moran, Laura.

Los disparos cerca del parque Luxemburgo. Su encuentro con Berto Legris. Su visita al taller. La fuga a la casa de campo de Argentan.

Aquí, en este último episodio, se concentró Danvers.

Este incidente particular, el del tirador con rifle, que no encajaba con el resto de los incidentes, era el que encerraba la clave de todo el misterio.

Lo estudió Danvers en todos sentidos, interrogando a su memoria, cada vez más deprimido a medida que las respuestas le aparecían claras.

Sí, ya tenía ahora las respuestas, casi todas las respuestas.

Era penoso. Muy penoso.

Envuelto en la amplia toalla esponjosa fue al teléfono. Marcó la

sílaba y los números indicados en el papel.

Una voz ronca indagó cautelosa:

—¿Sí...? ¿Quién?

—Quisiera hablar con Berto.

—No está ahora. Pero puedo transmitirle lo que sea.

—Dígale entonces que hacia las seis me llame a... Tome nota, ¿quiere?

—Ya. Desembuche.

—Hotel Lutetia. Habitación 224. Preguntando por Lionel Moran. Ya sabrá de que se trata.

—Bueno. Abur.

* * *

En el porche entoldado del Lutetia, volvió la cabeza. Los dos fornidos desconocidos fingieron mirar una espléndida morena que pasaba cimbreante.

Se dirigió al ascensor, y dio una brusca media vuelta. Casi tropezó con ambos perseguidores. Dijo cordialmente:

—Escuchen, muchachos, subo a ver a mi amigo Denis Castel. También es amigo del inspector Montargis. Cuarto 224. No intentaré escabullirme.

El más alto esbozó una mueca de fastidio.

—De acuerdo, señor Danvers. Comprenda que es por su propio pellejo.

El más bajo añadió:

—No hay pega. Mientras sepamos dónde está... Le llamaremos de vez en cuando por teléfono.

Fueron a sentarse en el vestíbulo. Danvers tomó el ascensor. Acudió Castel a abrirle. Como siempre que le veía, admiraba Danvers la soltura de Castel, su elegancia sin afectación, su sonrisa jovial.

—Pasa, viejo. ¿Qué diablos te traes entre manos?

—No sé. ¿Por qué?

—Te llamé varias veces a tu piso.

—Estuve de juerga. Bueno... Tu amigo Montargis me ha endilgado dos angelotes de la guarda. Están en el vestíbulo. Y una noticia estupenda. No he matado a Valdec.

—¡Diantres, me alegro, viejo! ¿Le explicaste a Montargis todo tu follón?

—No, hombre, ni media.

—Hiciste bien. Así, tienes plena libertad de maniobra. Tengo que irme, porque prometí acudir a un cóctel y a una cena.

—¿Viudita rubia?

—No. Esta es morena. Pero voy a hacerte una proposición. Quédate aquí. Trataré de separarme lo antes posible de la morena, vendré y discutiremos el plan a seguir.

—De acuerdo, Denis.

Denis Castel se había marchado hacía ya cinco minutos cuando repicó el teléfono. La voz de un recepcionista:

—Preguntan por el señor Lionel Moran, habitación 224.

—Sí. Comuníqueme, por favor.

La voz era ahora metálica, crispada.

—¿Es usted, Moran?

—Sí, Lionel Moran al aparato. ¿Y usted quién es?

—Berto.

—Hola, Berto. ¿Liquidamos de una vez el asunto?

—Sí. Y puedo quizá informarle sobre Valdec. Creo que puedo decirle porque nos falló a nosotros dos nuestra cita.

—Magnífico. ¿Cuándo nos vemos?

—Lo antes posible. Necesito dinero urgentemente. Y esta vez no quiero complicaciones de última hora, como allá en el taller... ¿Dónde nos vemos?

—Al aire libre, en un sitio tranquilo. ¿Qué le parece el puente de Auteuil?

—Bien. ¿En qué sitio concreto?

—Conozco un rincón al lado del baluarte, casi debajo del puente. Es una explanada desierta. Imposible desorientarse. Nos veremos venir de lejos los dos.

—De acuerdo. Sabré encontrar el rincón ese. ¿Cuándo?

—Antes tengo que indicarle un detalle. Vendré con el dinero convenido, pero sepa que me he afeitado el bigote. Ya me molestaba.

—Bueno, con bigote o sin, ya le conoceré. ¿A qué hora?

—Dentro de treinta minutos. ¿Conformes?

—Conformes.

Colgó Danvers con lentitud. Tenía que aguardar un poco más. Sus guardaespaldas tenían que comprobar que seguía en la habitación.

No tardaron mucho. Una voz áspera comunicó:

—Habla Parodi. Agente Parodi. ¿Piensa estarse mucho tiempo en la habitación de su amigo?

—Una hora más, a lo sumo.

—Bueno.

Bajó por la escalera de servicio. No cogió un taxi. La distancia no era mucha. A medio camino, hundidas las manos en los bolsillos del Loden, se dio cuenta que había perdido su automática.

Meditó unos instantes. Cuando echó su Loden sobre el diván. La pistola debió caerse del bolsillo y quedar encajada entre los recuadros mullidos del asiento.

No importaba. Al fin y al cabo, Berto Legris quería dinero. No quería matar a Lionel Moran.

Bajando las escaleras del muelle de Auteuil, junto al baluarte, tuvo la impresión de que los peldaños le conducían al fondo de una especie de infierno individual.

No temía a Legris. Legris no era más que un instrumento sin cerebro.

Se detuvo bajo una farola y echó un vistazo a su reloj. Se había adelantado cinco minutos a la hora de la cita.

La oscuridad era completa bajo los árboles. Las ramas se balanceaban en el aire trazando por encima de su cabeza fantásticos arabescos.

Siguió avanzando por la alameda en la noche y desembocó en un espacio descubierto. La hierba seca crujía bajo sus pasos.

Acababa de contonean un árbol enorme que se erguía bajo el puente, cuando entrevió en las sombras el rostro lívido de un hombre. Estaba sentado. De espaldas contra un árbol, al borde de la explanada de la cual había hablado a Berto Legris.

Danvers se detuvo a menos de un metro y contempló aquellos ojos sin vida, aquel rostro muerto, que ya no era ni cruel, ni depravado.

Era el semblante de un muerto total, liberado de sus tormentos y perversiones. Un muerto que cruzaba las manos sobre el vientre. Unas manos cubiertas de sangre.

Edgar Danvers se apartó del cadáver de Berto Legris. Adivinó por instinto una presencia a sus espaldas. Se volvió con lentitud.

Lo primero que vio fueron las dos pistolas.

Dos automáticas que le encañonaban.

Alzó los ojos y un ronco gemido brotó de su garganta.

Ante él estaba Lionel Moran.

CAPÍTULO XIII

El hombre que llevaba gafas oscuras, bigote negro, y ropa negra, dijo afablemente:

—Has llegado algo adelantado, ¿no, Edgar?

Recobró Danvers con esfuerzo su respiración.

—Sí. Algo adelantado, Denis.

—Lo siento, viejo, pero lo que ha de ser, será, y es inevitable. ¿Sospechaste algo o fue esta maldita traidora de Laura la que te informó?

—Ella no me dijo nada. Nada. Lo comprendí yo mismo, solo, esta tarde, en el baño. Demasiado tarde. Esta es mi impresión.

—Fue por Laura como lograste el teléfono de Berto. Pero tuve que darle una paliza para hacerla hablar. Te había cogido cariño... Y me era preciso a mí ver a Berto antes que lo vieras tú.

Denis Castel se había quitado las gafas y se arrancaba el bigote negro. Lo tiró frotándose vigorosamente el labio superior. Había embolsillado una de las automáticas.

La otra continuaba encañonando a Danvers.

—No te muevas, Edgar. Soy yo el que tiene tu pistola, pero nunca puede uno estar confiado...

Pasó tras Danvers palpando sus bolsillos. Dijo Danvers:

—Le indiqué a Berto que me había afeitado el bigote.

—Esto es lo que él me dijo.

—Te lo ruego, Denis... Explícame tus motivos... Me dolió mucho cuando comprendí que tú eras el que movías todos los hilos... ¿Por qué lo has hecho, Denis?

Castel intentaba ocultar su propio nerviosismo bajo un tono zumbón que sonaba algo falso.

—Ha sido una faena magnífica, ¿eh? Liquidé a Berto con tu propio petardo. Y me serviré del de Berto para liquidarte a ti. ¿Ves qué sencillo?

Hizo una mueca sonriente, sin alegría.

—Todo quedará resuelto a mí gusto, viejo. Montargis sabe que Berto quiere liquidarte. Ignora el motivo. Lo sabrá. Tú habrás muerto, también Berto y todo se arreglará. Para Montargis, el caso quedará terminado. Un caso perfecto.

—Pero ¿por qué?

Danvers no sabía decir otra cosa. ¿Por qué? La inminencia de la muerte no le atemorizaba. Apenas pensaba en ello porque el asaltaban otras preocupaciones obsesionantes.

Viendo que Castel le miraba sin contestar, preguntó desdeñoso:

—¿Qué pasa, Denis? ¿A qué esperas? ¿Tienes miedo ahora?

—No, hombre. Espero solamente a que haya ruido, como tuve que esperar en el caso de Berto. Un camión por el puente, un avión, cualquier estruendo que apague el eco del disparo. Hay que ser prudente, viejo.

—¿Por qué has hecho todo esto, Denis? ¿Por qué?

—En París me enteré de la muerte de Max Pascal Y supe que había un testamento. Estoy más entelado que tú mismo sobre este testamento, Edgar. En efecto, Max te dejó todo su dinero, pero a condición de que si morías antes que yo, sin esposa ni hijos, el dinero pasaba a ser mío. Apenas me informé del contenido del testamento, volví a París. Quería adelantarme al cablegrama expedido desde África. Lo conseguí.

—Pero yo ya estaba en plenas tinieblas allá en Marsella.

—No, todavía no. Yo llegué la espera de Navidades. Sabía que por tu herida en la cabeza tenías lapsos de pérdida de memoria y que recordabas luego nada. Esto me venía de perlas. También recordé que el alcohol desencadenaba con frecuencia una de esas amnesias. Vine con el propósito de llevarte a celebrar mi regreso y emborracharte. Me ahorraste este trabajo.

Denis Castel hablaba sonriendo. Tras la sonrisa, adivinó Danvers una especie de saña desesperada, de desgarro íntimo, pero también una fría resolución.

—Te encontré en el bar donde nos reuníamos antes del conflicto argelino. Estabas emborrachándote a conciencia, tras una discusión con tu Silvana. Ni siquiera me reconociste cuando te hablé. Vi, afirmaste que te llamabas Lionel Moran, que no conocías a ningún Edgar Danvers, pero que de todos modos, aun sin conocerle, odiabas a Danvers. Decías que Danvers era tu peor enemigo. Era

algo inesperado. Y enseguida forjé mi plan. Te sugerí un medio para librarte de tu enemigo.

Danvers le contemplaba, horrorizado, fascinado por aquel maquiavelismo cínico.

—Y fuiste tú el que me impulsó a ir a Marsella, a pagar a unos profesionales para que me matasen.

—Para que matasen a Danvers. Sí. Fue una obra maestra, ¿eh?

—Sí, una obra maestra. Tanto que me pregunto cómo he podido tener por tanto tiempo la ilusión de que eras mi amigo.

—Te aprecio, de veras, viejo. Pero claro, puesto: elegir aprecio más el dinero de Max. Eso es todo.

—¿Y Laura?

—Es mi amante. No inventó lo de su hermano ni lo del asesinato del policía. Pero el resto, sí. Es decir, fingió creer que Lionel Moran era otro distinto a ti. Luego, empezó a cogerte cariño. Yo la había puesto en tu, piso para que me diera cuenta de todos tus pasos y reacciones.

—Oye... ¿La Mafia?

—Fui yo quién te soplé las palabras que habían de desconcertarte aún más... El grupo de Valdec pertenecía a La Mafia. Pensé que mi repetida frase... «También ella es de la Mafia»... te haría sospechar de Silvana. Esto se llama maniobra de diversión, maniobra de confusión, en términos bélicos.

—Laura te delatará.

—Lo anticipé. Por eso la policía no la oirá. No se puede escuchar el testimonio de una muerta. Sí, aparecerá flotando por el Sena... Tal vez mañana, tal vez pasado, tal vez nunca...

Cerró un instante los ojos Danvers. La frialdad con que hablaba Denis Castel le resultaba infrahumana.

Castel señaló con el cañón de la automática el cadáver de Berto Legris.

—No quise verme directamente mezclado en tu asesinato. Era demasiado arriesgado... cuando se supiera el contenido total del testamento. Esperaba que nuestro amigo Berto se encargaría de suprimirte, por mí cuenta. Bueno, debería decir «por tu cuenta» ¿no es así? Después de todo, fuiste tú el que lo contrataste.

Se borró la tenue sonrisa y sus facciones adquirieron una expresión amenazadora.

—Acudí esta noche disfrazado como Lionel Moran para decirle a Berto que había cambiado de opinión y que quería que terminase su trabajo, liquidando a Edgar Danvers. Pero Berto desconfió al verme el bigote.

Alzó los hombros, con mueca sardónica.

—Yo ignoraba que le habías dicho que te habías afeitado el bigote. Ya ves... Qué tontería... Un simple bigote altera un plan perfecto. Sobre el mismo campo, tuve que alterar mi plan. De todos modos, el resultado será el mismo. La policía descubrirá dos cadáveres. Tú y Berto os liquidasteis.

El cañón de la automática se hundió en el estómago de Danvers que alzó la cabeza, buscando la mirada de Denis Castel, buscando abarcar en un último vistazo luna, tierra, estrellas, el mundo...

Por encima de ellos dos, un ronquido sordo iba amplificándose. Un camión pesado se aproximaba al puente.

Castel dobló el índice sobre el gatillo.

—Adiós, viejo.

La detonación restalló.

Edgar Danvers aguardaba, cerrados los ojos, el brutal desgarro lacerando su carne, sus vísceras.

Aguardó unos segundos que le parecieron infinitos.

Y volvió a abrir los ojos, bajando al cabeza.

Denis Castel estaba arrodillado ante él.

Crispadas ambas manos en torno a su cuello atravesado lateralmente por un balazo certero.

La sangre manaba a borbotones. Fijaba hacia lo alto la mirada de sus ojos en blanco.

La automática relucía débilmente en la hierba, a su lado.

Cayó de costado, derrumbándose definitivamente.

Y Danvers *oyó* llamadas, voces, y la voz vibrante de una mujer:

—¡Edgar!

Era Silvana.

Surgieron otras siluetas de los matorrales.

El inspector Guy Montargis apareció. Miró a Castel, y se guardó la pistola en su funda sobaquera.

Silvana Fabri abrazó a Danvers, en trémulo enlace sollozante.

Bajo el claro de luna, y junto al tenue susurro del Sena, él la mantuvo muy apretada contra su corazón.

* * *

Reinaba mucha animación en el restaurante abierto toda la noche, cerca del Mercado Central. Descargadores, camioneros, taxistas, asentadores, camareros yendo en todos sentidos con platos bienolientes.

Silvana y Danvers terminaban de comer lo que era una especie de desayuno de madrugada. Habían pasado horas en el Quai des Orfevres, contestando a innumerables preguntas.

Ante ellos, Guy Montargis paladeaba el sorbo final de su café aromatizado con gotas de coñac.

—Y ahora, déjenme demostrarles lo listo que soy, pareja.

Su voz era casi amistosa, su mirada se había humanizado y su rostro magro tenía una expresión benévola.

Miró irónicamente a Silvana.

—Aparte de ser usted un rato bonita, he de admitir que sin su ayuda, tal vez hubiese yo flotado unas horas más en la duda. ¿Cómo se inició su sospecha, Silvana?

—Presentí que existía una relación entre Castel y Laura. No sabía qué clase de relación, pero lo presentí. Digamos que era intuición femenina. Ella le temía. Pero como yo conocía la amistad que te unía a Castel no tenía valor para decírtelo sin tener pruebas, Edgar.

—Yo sospeché al ir atando cabos —murmuró Danvers mirando el techo, como si evocase o viera el proceso de su deducción—. Castel era el único que podía saber que yo estaba en la casa de campo de Argentan. Solamente lo sabíais tú, la policía y Castel. Por consiguiente, la persona que empuñaba el rifle solamente podía ser tú o Castel. Nunca un asesino profesional se habría atrevido a seguir el coche de un policía.

Montargis asintió comentando:

—Le funcionó bien la deducción, Danvers. ¿Qué más?

—Castel era también el único que estaba al corriente de mí cita en el taller de Charenton. Castel se había servido de Laura para conducirme hacia Betto que debía liquidarme. Berto, Valdec y tú misma, Silvana, teníais un papel asignado en el caso, pero era Castel quien manejaba los hilos. Y ahora comprendo por qué usted parecía tan penetrante, Montargis.

Rio el policía. Y expuso Silvana:

—Le expliqué todo al inspector. Tus crisis Era necesario.

—Hizo ella muy bien, Danvers. Quedaban atados los cabos. Castel sacó provecho de una situación que le venía de perlas. Le siguió a Marsella. Se puso en relación con los que usted contrataría para suprimirse a usted mismo, y ya había tanteado el terreno con Ríe Vulpiano, cuando Ric liquidó al policía marsellés. Lógicamente, Vulpiano ya era inutilizable para Castel, pero comprendió que era una oportunidad para emplear a Laura bajo chantaje. La amenazó con denunciarla como cómplice. La envió a París para que le señalase a usted a los pistoleros.

—Y luego, ella quiso salvarme.

—Eso es. Dejándole el teléfono de Berto para que se entendiese usted con Berto que empezaba a tener sospechas del supuesto Moran. Al principio ella hizo lo que le ordenó Castel, atrayéndole a usted hacia rincones peligrosos, para acabar pronto. Pero empezó a cogerle afecto a usted, y como le tenía un miedo rayano en pánico a Castel, intentó zafarse, huyendo. Castel la liquidó.

—¿Cómo pudieron acudir tan oportunamente?

—Elemental, elemental. La línea telefónica del cuarto de Castel, apenas usted se metió en el cuarto, quedó intervenida. Mis dos muchachos, en el vestíbulo, estaban a la escucha. Llegamos algo tarde, porque se había adelantado mucho Berto. No intervinimos… hasta no haber oído todo lo que era preciso oír.

—¿Cómo conocía Castel el contenido del testamento?

—Max Pascal le dio una copia antes de partir a África. Y Castel amaba mucho el dinero. Vio una ocasión excepcional de hacerse rico, pronto. Si recurrió a mí intervención fue precisamente para cubrirse de toda sospecha. Un asesino le estaba siguiendo a usted porque usted mismo le había pagado en una de sus crisis de amnesia.

—¿Qué pasó en el taller de Charenton?

—Cuando usted decidió ir a Charenton, bajo el aspecto de Moran, Castel comprendió que era el momento ideal.

—¿Deducción, imaginación?

—Realidad positiva. Denis Castel murió al poco de ingresar en el hospital. Pero en la ambulancia me dijo lo suficiente… Mi balazo no le había segado las cuerdas vocales.

Hizo una mueca Silvana. Montargis prosiguió impasible:

—Castel llegó antes que usted al taller. Su plan era perfecto. Pero siempre hay imponderables. El imponderable era que Henry Valdec estaba en el despacho y no Berto. Valdec había venido desde Marsella para terminar él mismo el asunto. Para cobrar. Había encargado a Berto que siguiera ocupándose únicamente de Edgar Danvers. Y Castel cometió el leve error. Venía a liquidar a Berto para liquidarle a usted después. Pero Valdec que esperaba a Moran se sobresaltó al ver a un desconocido. Pelearon y Castel mató a Valdec con la pistola de este... Momentos antes que usted llegase. La pistola tenía silenciador.

Desperezándose agregó Montargis:

—Tengo sueño y mi esposa volverá a decirme que soy un noctámbulo empedernido. Oiga, muchacho, en confianza... Creo que su mejor remedio, su total curación, es sencilla... Nada de alcohol. Y ella, solamente ella, todas las veinticuatro horas de cada día.

Señalaba a Silvana. Guiñó un ojo y dando media vuelta se fue.

Tardó Danvers en hablar:

—Debiste decirme tus sospechas de Castel y Laura.

—Era tu amigo.

—Claro... Duele desconfiar de un amigo. Comprendo ahora por qué Castel intentaba siempre ponerme en contra tuya. Tenía miedo que me casase contigo antes que hubiese tenido tiempo de liquidarme, porque entonces el dinero de Max lo heredabas tú. ¡Maldito y cochino dinero...!

—No hace la felicidad, pero ayuda a conseguirla.

Se levantó Danvers de pronto. Con súbita energía.

—Vámonos, mujer. Tengo prisa.

—¿Prisa?

—De seguir el régimen impuesto por Guy Montargis. Ni una gota de alcohol, y tú conmigo día y noche. Noche y día. Ya no hay tinieblas.

F I N

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 9 PTAS. Impreso en España